S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAI
POLICE

VOLUNTARIO PARA MORIR



VOLUNTARIO PARA MORIR



Voluntario para morir

Por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 14.869 - 1961
Número de Registro: 3.685 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L muchacho abandonó la sala de rayos X, precedido del doctor Sullivan que, con la cabeza inclinada sobre el pecho y el entrecejo fruncido, caminaba hacia la salida del amplio pasillo que conducía al ascensor que iba a llevarlos a ambos al despacho de Donald Callowan.

El joven que seguía al doctor era alto, moreno, no muy fuerte, aunque la anchura de sus hombros hacía pensar en su calidad de atleta consumado. Tenía el rostro cetrino ojos grandes con pupilas de color gris y una nariz regular.

Cuando llegaron a los ascensores, el muchacho, una vez que las puertas se hubieron cerrado, miró con el rabillo del ojo al doctor Sullivan, sin atreverse a decir nada.

Sin embargo, Tony Cumming estaba hondamente preocupado. Hacía ya más de una semana que estaba siendo sometido a una observación profunda y detenida por parte de las autoridades médicas de la SIP. Todavía no sabía a qué se debía la elección que sobre él había recaído, pero, de todos modos, su preocupación era lógica ya que Tony había ingresado hacía unos dos años en la *Spacial International Police* y no se consideraba el indicado para ser elegido entre los muchísimos agentes de primera calidad que en la organización había.

El ascensor subió a gran velocidad hasta la última planta donde estaba situado el despacho del jefe de la SIP. Momentos más tarde, el doctor y su acompañante penetraron en la amplia y limpia estancia. Donald, tras su

enorme mesa de despacho, levantó la cabeza al verles llegar.

El doctor Sullivan se acercó a la mesa de su viejo amigo, haciendo un gesto hacia el muchacho que, con timidez, se sentó en el borde de uno de los sillones.

—Éste es el que he escogido, Donald —dijo Pat, dejando sobre la mesa los papeles con las fichas médicas y de reconocimiento que había hecho del joven.

Donald miró inquisitivamente al agente y no dijo nada de momento, limitándose a extender la mano derecha y coger, de la gran caja que tenía a su lado, uno de sus fenomenales habanos, encendiéndolo lentamente. Mientas el doctor se había sentado en el sillón que había al lado del que ocupaba el agente.

Hubo una larga pausa.

Luego, Callowan, que había soltado la primera bocanada de su habano, frunció el ceño y, mirando al doctor, inquirió:

—¿Estás seguro de que valdrá?

Pat asintió con la cabeza.

—Seguro. De todos los muchachos que he examinado, éste el que reúne las condiciones que necesitamos, si es que hay suerte para colocarlo donde tú sabes.

Callowan desfrunció el ceño y mirando al joven dijo:

—Bueno, Tony, creo que ha llegado el momento de que sepas lo que sin duda alguna estarás deseando conocer...

Las pupilas del joven agente brillaron con una cierta intensidad que delataba el interés que las palabras de su jefe habían despertado en él.

Callowan prosiguió diciendo:

—Hace tiempo que se produjeron unos importantes robos en algunas agencias dónde están depositando los materiales radiactivos que la industria mundial utiliza. Ya sabes que estos depósitos son llamados Bancos de Uranio. Pues bien, como te iba diciendo, ha habido algunos robos, de bastante importancia, en esos centros o almacenes de substancias radiactivas, lo que ha preocupado muchísimo a las autoridades del Consejo Mundial y, finalmente, nos han pedido que hagamos una investigación profunda.

«Esta investigación es bastante difícil, como podrás suponer, puesto que no poseemos ningún indicio de quién haya podido ser el autor o los autores del robo. De todas maneras, hemos tenido la suerte de captar un mensaje que procedía de Marte y donde se decía que necesitaban un hombre especialista en materias radiactivas y que poseyese ciertas peculiaridades psicológicas para, seguramente con una pequeña armadura, poder penetrar en uno de esos bancos.

El rostro de Tony Cumming se había iluminado al tiempo que Callowan le

estaba haciendo partícipe del secreto que tan ansiosamente deseaba conocer.

Ahora sí que sabía lo que la SIP deseaba de él.

Y un orgullo normal y legítimo le poseyó por entero.

—El mensaje que captamos y que, como te dije antes, procedía de Marte, fue seguido de un anuncio que, con palabras distintas y un texto un poco cabalístico venía a decir lo mismo. Este anuncio fue publicado no sólo en la prensa de Marsville sino en toda la prensa mundial. Nuestros agentes especiales lo anotaron y me comunicaron su presencia en todos o casi todos los periódicos.

»El hecho de que deseen encontrar a un hombre que posea dichas peculiaridades orgánicas, supone que el que han utilizado hasta ahora para apoderarse de las substancias radiactivas está enfermo. Esto quiere decir —y la voz de Callowan se hizo más profunda— que tu misión va a ser extremadamente peligrosa. Y por eso te hemos sometido a una serie de exámenes para salir de dudas respecto a la resistencia que tu organismo tendría en caso de que pudieras llegar hasta la banda y formar parte de ella.

Tony se estaba dando cuenta de la importancia enorme de la misión que el jefe de la SIP estaba encomendándole. Una emoción intensa se apoderó del joven que pensó en que aquélla iba a ser su gran ocasión de demostrar a la «Spacial International Police» de lo que era capaz un agente apenas salido de las filas de la Escuela.

—Naturalmente —prosiguió diciendo Donald—, el peligro no reside solamente en la acción de esas substancias radiactivas con las que tendrás que verte la cara, sino que deberás tener en cuenta que los hombres para los que vas a trabajar no son nada cómodos y estarán siempre dispuestos a eliminarte si sospechan lo más mínimo de tu verdadera personalidad. ¿Lo vas entendiendo?

—Sí, señor —repuso el joven.

—Bien. Me alegra que estés tan dispuesto para todo. De todas las maneras, no te lanzaremos a la aventura hasta que el doctor Sullivan haya hecho una última prueba contigo. Si esta prueba sale bien, podremos entonces dar el paso siguiente.

El joven no pudo contener su curiosidad.

—¿Puede usted decirme qué clase de prueba he de soportar aún?

—Desde luego; no quiero que ignores nada, muchacho. Hasta ahora, según he visto en estos informes que el doctor me ha dado, has resistido perfectamente una cierta dosis de radiactividad. Pero esto no es todo. Tenemos que pensar que, en determinado momento, cuando habrás la caja fuerte de plomo que encierra la substancia radiactiva, te encontrarás, de golpe, con una especie de chorro de rayos «gamma» que podría perjudicarte inmediatamente de no poder resistirlo.

Tony se dio cuenta de que la labor que le iban a encomendar no iba a ser tan sencilla como él había pensado precipitadamente en un principio.

Por eso, inquirió:

—¿Es que mi organismo no ha demostrado ya su resistencia a la radiactividad?

Callowan asintió, antes de contestar, con un gesto de cabeza.

Luego repuso, sonriendo:

—Sí, en efecto. Has soportado pruebas de gran envergadura pero, como iba diciéndote, es necesario que estemos seguros de que podrás resistir el choque de un chorro de radiactividad antes de embarcarte en esa aventura.

—¿Y cuándo tendré que pasar por esa prueba? —inquirió Tony.

—Seguramente esta misma noche —repuso el doctor Sullivan, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Eso es —apoyó Callowan—. Yo creo que esta misma noche podremos realizar esa importante prueba. Una vez que hayamos salido de dudas respecto a esta última eventualidad, estaremos en situación de poder enviarte a la capital de Marte para que te pongas en relación con los misteriosos autores de los anuncios que reclaman una persona de tus peculiaridades.

La reunión tuvo fin después de aquellas palabras de Donald, y el joven, acompañado de nuevo por el doctor, abandonó el despacho del jefe de la SIP, yendo de nuevo hacia el ascensor.

Durante el trayecto que les condujo hasta la planta baja, ni el doctor ni el joven despegaron los labios.

Ambos iban profundamente ensimismados, cada uno en sus ideas particulares. Para Tony, la prueba de aquella noche tenía una importancia capital puesto que sería la que le dejase, o le impidiese definitivamente, entrar en la colosal aventura, que siempre había deseado.

Por su parte, para el doctor, las preocupaciones giraban alrededor de todo lo que el joven tendría que pasar y dudaba de que la resistencia física de éste le permitiese vencer la tremenda prueba que iba a realizarse aquella noche.

Cuando llegaron abajo, tomaron el amplio pasillo que se dirigía hacia la salida lateral del edificio y donde desembocaba otro pasillo que conducía, directamente, a los laboratorios del doctor Sullivan.

Caminaron en silencio pero, al llegar a la intersección de los dos pasillos, el doctor se detuvo. Luego miró al joven que también se había parado al hacerlo él.

—Muchacho, puedes irte a distraerte un poco. En la cantina encontrarás amigos y un poco de música para olvidarte de todo esto.

—Doctor... —musitó el joven—. Tengo que decirle que estoy muy agradecido por lo que ha hecho.

—No es nada, muchacho. Tengo que decirte que deseo de todo corazón, que la prueba de esta noche sea vencida como has conseguido salir airoso de las precedentes.

—Muchas gracias, doctor.

—Hasta luego.

El doctor se alejó rápidamente, como si no se sintiese capaz de agregar una palabra a lo que había dicho, como si fuese incapaz de decir nada más.

* * *

Aquella noche, Tony se dirigió hacia los laboratorios del doctor Sullivan experimentando una emoción que apenas si podía dominar. Sabía que de la prueba que iba a pasar dependía todo. Y ahora que Callowan le había comunicado la esencia de la misión que debía realizar, deseaba llevarla a cabo, fuera como fuese.

Poco después, penetró en el recinto donde Pat tenía instalados sus complejos aparatos. Y no tardó en llegar al lugar donde Sullivan y el jefe de la SIP le estaban esperando.

Ambos le sonrieron.

Y Callowan, después de indicarle un asiento, inquirió:

—¿Dispuesto, muchacho?

Tony asintió con un gesto de cabeza.

—Preparado, señor —repuso.

Por su parte, el doctor Sullivan esperó unos instantes antes de decir:

—Las pruebas que hasta ahora has pasado han resultado excelentes y nos han demostrado que posees un organismo resistente a las radiaciones «gammas». Ya sabes que poseemos un fichero completo de las características orgánicas de todos los que salen de la *Spacial International Police*. Cuando nuestro jefe, Donald Callowan, me comunicó que debía encontrar un individuo que poseyese ciertas cualidades fisiológicas especiales, yo busqué en mis archivos y de todos los que allí están consignados creí que el mejor eras tú...

Hizo una pausa, prosiguiendo luego:

—Casi todos los seres humanos poseen una resistencia congénita a la radiación, pero sólo algunos de entre ellos tienen una resistencia especial y muy superior a la de los demás. Éste es tu caso, Cumming. Hasta ahora, has demostrado poseer esa resistencia; pero, de todos modos, deseamos saber si podrías soportar una prueba por la que obligatoriamente habrás de pasar en cuanto intentes abrir una de las cajas de un Banco le Uranio donde haya substancias radiactivas en cantidad importante.

—¿Es que no trabajaré con ciertas precauciones? —inquirió el joven.

—Naturalmente —replicó el doctor—. Es seguro que los miembros de la

banda te proporcionarán toda clase de medios para impedir que la radiación llegue hasta su cuerpo. Conocemos una serie de medios, actualmente, capaces de detener esa radiación; pero sólo parcialmente. De ahí que en la prueba de esta noche, en que trabajarás con un equipo especial, anti-r, podremos darnos cuenta de si tu resistencia natural es la que esa gente necesita.

Intervino entonces Donald:

—Date cuenta, muchacho —dijo—, de que el ladrón que hasta ahora han empleado ha debido de sufrir alguna grave alteración, lo que ha promovido el anuncio del que te hablamos esta tarde.

»Por eso necesitamos que tú poseas una constitución más adecuada, ya que no querríamos que te ocurriese nada. Pero, de todas las maneras, te hemos dicho desde el principio que la misión era ciertamente muy peligrosa.

Tony hizo un gesto de asentimiento.

Se daba cuenta de que la misión era peligrosa; pero, no obstante, deseaba llevarla a cabo y estaba ardiendo por pasar aquella dichosa prueba.

Por eso, impetuosamente, dijo:

—¿Y si probásemos, señor?

Donald sonrió y mirando a Pat dijo:

—Ya lo estás oyendo, Sullivan. Creo que lo mejor será empezar cuanto antes.

Se levantaron ambos, siendo imitados por el agente, que les siguió hasta una habitación vecina en la que se encontraban los equipos especiales de defensa anti-r.

Se trataba de una especie de gigantesca escafandra, de paredes gruesas constituidas por una materia especial en la que el plomo entraba en gran proporción, pero sin dar a la vestidura una rigidez que hubiese imposibilitado o disminuido los movimientos del que la llevase.

Pat, después de mirar al joven para calcular aproximadamente el tipo que le iría mejor, escogió una de las escafandras entregándosela a Tony.

—Ponte ésta —dijo—. Creo que te sentará bien.

Tony obedeció poniéndose sobre el ligero traje que llevaba aquel monstruoso artefacto. Después, el propio doctor le ayudó a colocarse el casco de plástico que, gracias a un visor frontal, le permitía observar un amplio sector de horizonte con una claridad completa.

Cuando los tornillos y cremalleras estuvieron convenientemente cerrados, Pat se acercó, hablando al joven a través de unos poros abiertos en uno de los lados del traje y que comunicaban directamente con un sistema auditivo de micrófonos amplificadores que estaban situados en la parte anterior de la escafandra.

Cuando le hubo dado las instrucciones necesarias, el joven siguió al doctor que iba al lado de Donald Callowan.

Atravesaron un pasillo en cuyo fondo había una puerta blindada que Pat abrió, observando Cumming que aquella puerta poseía una ventana provista de un grueso cristal, en el que el plomo debía entrar en gran proporción. La habitación en la que penetraron era grande, poseyendo unas paredes lisas sin orificios o ventana alguna.

En su fondo se levantaba una monumental caja fuerte, que parecía la de un banco, pero de un color más grisáceo o plomizo.

Pat se acercó al micrófono:

—Ya estamos aquí, Tony —dijo—. Nosotros vamos a salir. La caja tiene una combinación muy sencilla, como la que te hemos enseñado a abrir. Creo que podrás abrir la puerta en pocos segundos. Si te notas enfermo de repente, no tienes más que apretar este botón que hay en la puerta y ésta se cerrará automáticamente, impidiendo que el chorro de radiación siga saliendo. ¿Entendido?

El muchacho asintió con un gesto de cabeza.

Luego, después de que Callowan le hubo dado unas palmaditas en el hombro, los dos hombres abandonaron la estancia cerrando la puerta blindada y colocándose detrás, de modo que, cuando Tony se volvió ligeramente, vio las siluetas de las dos cabezas a través del visor de cristal que ocupaba casi la totalidad de la parte superior de la puerta.

Tony, al quedarse solo, experimentó una emoción intensa, como nunca había sentido.

¡Había llegado el momento decisivo!

Dudó unos instantes; luego, decidiéndose, salvó la distancia que le separaba de la caja fuerte, poniendo su enguantada mano sobre el sistema de control para abrirla.

Se trataba, como había dicho Callowan, de un procedimiento sencillo de los muchos que le habían enseñado en los últimos días, aunque no le habían dicho nada de lo que debía hacer.

Sus dedos, ágiles, mucho más de lo que podía esperar, se hundieron en las ranuras numeradas de la caja, moviendo los discos hasta que sintió, a través del sensible micrófono, los ruidos que le iban indicando que las fibras claves chocaban con los engranajes interiores de la cerradura.

Cuando tuvo todos los números en la cabeza, los formó, rápidamente, ya casi sin dudas y sin temor, tirando después del pivote que arrastró la puerta tras de sí.

Tony esperó ansiosamente la reacción de la que tanto le había hablado Callowan y el doctor.

Con todos sus sentimientos despiertos, mirando en el interior de la caja, que contenía una serie de paquetes en una tela de color gris, esperó los acontecimientos que iban a producirse. Así, inmóvil, atento, permaneció unos

instantes que le parecieron largos como siglos.

La primera sensación que tuvo fue la de experimentar una especie de temblor en las yemas de los dedos, que luego se generalizó a la totalidad del cuerpo, produciéndole una sensación de inestabilidad que se tradujo, finalmente, en unas náuseas que apenas podía dominar. Estaba seguro de que aquello formaba parte de la reacción que debía producirse; pero, no obstante, con los pies fuertemente pegados al suelo, permaneció inmóvil, deseando demostrar a su jefe y al doctor Sullivan que estaba dispuesto a resistir hasta el final. La sensación de vómito incoercible le dominó por completo. Casi seguidamente, una sensación de inestabilidad, que no hacía más que acentuarse, le produjo una especie de balanceo que le llevó a creer que iba a caerse de un momento a otro. Pero, en aquel instante, dos manos le sujetaron por detrás al mismo tiempo que, a través de una especie de neblina, veía una silueta que se precipitaba hacia la caja fuerte, cerrándola de golpe.

Se sintió arrastrado hacia fuera, sin saber cómo ni dónde.

Luego, más tarde, cuando abrió los ojos, se encontró sentado en un sillón en la parte anterior del laboratorio, viendo los rostros de Sullivan y Callowan que le miraban fijamente.

Sonrió levemente.

—¿Te sientes bien? —inquirió el doctor.

Intentó contestar, pero una especie de nudo le atenazaba la garganta...

Fue Pat quien sonrió entonces, alejándose para volver pocos momentos después con un vaso casi lleno de un líquido blancuzco.

—Toma esto —ordenó.

Tony obedeció.

Poco después, la sensación ingrata de dejadez que le dominaba, desapareció por completo. Fue como si aquella especie de mareo que se había apoderado de él al abrir la caja le dejase ahora y volviese a ser el mismo.

—Me encuentro perfectamente bien —dijo.

Los dos hombres sonrieron.

Sullivan dijo:

—Ya lo creo. ¡Menudo susto nos ha dado!

—¿Por qué?

—Has estado demasiado tiempo expuesto al chorro radiactivo de las substancias que había dentro de la caja —explicó Pat—. No era necesario llegar hasta ese punto muchacho.

—Necesitaba hacerlo, doctor.

Intervino Callowan:

—Te has portado muy bien, Tony; pero, de todos modos podías haber adquirido una enfermedad incurable. Ya estamos seguros de que vas a servir

para lo que deseamos que hagas. ¿No es cierto, Pat?

El doctor asintió con un gesto de cabeza.

Momentos después explicaban al joven los últimos detalles de la misión que deseaban encomendarle y cuando Tony abandonó el laboratorio para dirigirse a su habitación, donde iba a descansar aquella noche, antes de salir de Washington y de la Tierra, una sonrisa de triunfo entreabría sus labios..

CAPÍTULO II



L descender de la astronave, Tony miró el patio abierto ante el que se extendía el edificio del astro-puerto. Un aire seco le envolvía.

Avanzó poco a poco hacia la salida, llevando en la mano la maleta de color verdoso. Nadie había venido a esperarle, pero ya contaba con ello. Sin embargo, recordaba perfectamente lo que le había sucedido en Nueva York, cuando se dirigía hacia la astronave que debía llevarle a Marte.

Fue en aquel momento cuando un hombre de unos treinta años, moreno y cetrino, de cejas espesas, se acercó a él para decirle que era el enviado del «jefe», deseándole buen viaje y anunciándole que se pondría en comunicación con él en cuanto llegase a Marte.

Le había dado la dirección de un hotel en Marsville, hacia el cual se dirigía ahora el joven.

Un taxi le condujo por la gran avenida, que partía del espaciódromo, hacia la ciudad.

Unos veinte minutos más tarde, el vehículo se detenía ante un edificio de una docena de plantas, sobre cuya entrada se podía leer: «Hotel Cosmos».

Cumming descendió del coche y pagó al conductor. Una paz enorme reinaba sobre aquel lugar y un jardín extenso se abría ante el imponente edificio del hotel.

El botones se apoderó de su maleta y le acompañó hasta la entrada. Una vez dentro, el agente de la SIP se encontró en un amplio vestíbulo, amueblado con gusto, donde algunos viajeros leían o se estacionaban ante un monumental aparato de televisión.

Dirigiéndose hacia la derecha, donde se encontraba el despacho del recepcionista, Tony, seguido por el botones, se detuvo ante un hombre de mediana edad, con gafas de sol, que le saludó con una inclinación de cabeza.

—Su habitación ya está preparada, señor Cumming —dijo el empleado—. Recibimos su petición hace unos días.

—Muy bien —repuso Tony.

Firmó en el libro que el otro le extendía y, cuando lo hubo devuelto, el recepcionista inquirió:

—¿Va usted a quedarse aquí mucho tiempo, señor?

—Eso depende de la marcha de los negocios que tengo entre manos —

repuso el joven.

Seguido de nuevo por el botones, Cumming se dirigió hacia uno de los ascensores que, momentos más tarde, le dejaba en la planta octava, donde estaba situada su habitación.

Ésta no le disgustó. Era amplia, agradable, con un par de enormes ventanales que daban al jardín y desde donde se disfrutaba de una vista parcial de la avenida en donde estaba situado el hotel. El lecho era moderno y la habitación, además de poseer un cuarto de baño espacioso y limpio, estaba dotada de todas las comodidades que podían desearse: refrigeración, aire acondicionado y una pantalla de televisión, seguramente conectada al aparato central que había visto al entrar en el vestíbulo.

Cuando hubo despedido al botones, Tony se dejó caer en uno de los cómodos sillones que había en la salita anterior al dormitorio, encendiendo un cigarrillo. Le interesaba vivamente pensar en lo que había sucedido en Nueva York. No podía olvidar al hombre que se había presentado allí y con el que tenía una cita, dentro de tres días, en un lugar apartado, fuera de la ciudad.

Recordando la personalidad de aquel hombre, Cumming no podía dejar de pensar en que no se trataba más que de un peón de la colosal partida que iba, a desarrollarse. El jefe, la verdadera cabeza de aquella confabulación, estaba y estaría por muchísimo tiempo fuera de su alcance.

Y eso era precisamente lo que le preocupaba.

Sólo le habían dicho que el golpe se daría el domingo siguiente y aún no comprendía por qué habían elegido aquella fecha de fiesta, aunque a veces opinaba que quizá lo hubieran planeado así para aprovechar el hecho de que la gente de la ciudad salía los domingos y días de fiesta a pasear por los alrededores o a merendar por el campo.

Después de fumar un par de cigarrillos, el joven se decidió a obrar, diciéndose, que ya había descansado lo suficiente. Abandonando la habitación, volvió a tomar el ascensor que, instantes después, le dejó en la planta baja.

El vestíbulo estaba tan animado como cuando lo había visto al entrar, pero sin hacer caso de nadie, Tony salió al exterior, pensando que lo mejor que podía hacer ante todo, era alquilar un coche.

Momentos después descubría una agencia de automóviles, unas manzanas más al norte del hotel, donde alquiló un vehículo rápido, ligero, biplaza, dotado de un motor monoreactor de gran potencia.

A bordo de su coche, Tony empezó a recorrer la ciudad, dirigiéndose, insensiblemente, hacia el lugar donde estaba situado el Banco de Uranio.

Tenía que empezar a trabajar.

Cuando estuvo ante el macizo edificio de seis plantas, construido en piedra berroqueña, detuvo el coche, aparcándolo en un jardín que había en la plaza que se extendía ante la fachada principal del edificio. Descendió

tranquilamente, yendo hasta la fachada como si diese un paseo.

Deteniéndose ante la puerta, comprobó que los datos que le habían proporcionado eran ciertos y que el edificio, aunque utilizado para el depósito de substancias radiactivas, servía de museo de física y que las horas de visita allí marcadas eran de seis a ocho por la tarde.

La ocasión no podía ser mejor.

No vio a nadie que penetrase en el museo, pero él lo hizo momentos después pagando una exigua cantidad por la visita en una taquilla situada en la entrada. Una vez dentro, atravesó un largo pasillo que desembocaba en una sala donde estaban expuestos, en el interior de unas vitrinas protegidas por cristal en el que entraba, como componente principal el plomo, substancias derivadas del uranio en distinto estado de evolución.

Unos gigantescos contadores Geiger estaban situados en los ángulos de la sala-museo. Tony no permaneció mucho tiempo allí.

Estaba preocupado y, recordando al misterioso personaje que le había entrevistado sólo unos minutos, en el Espacio-puerto de Nueva York, abandonó el museo, dirigiéndose a su coche.

Una vez en el vehículo y mientras encendía un cigarrillo, reflexionó sobre aquel Jimmy Arnold —así le había dicho el hombre que se llamaba— que había quedado con él en entrevistarse en Marte, nada más llegase Cumming.

No sabía cómo, cuándo y dónde lo haría.

Decidiendo que lo mejor era regresar al hotel para esperar la comunicación de aquel misterioso Arnold, puso en marcha el coche, aparcándolo luego junto al hermoso jardín que había ante la fachada del «Cosmos».

Pero, nada más entrar en el vestíbulo, un botones se acercó a él para rogarle que pasara por el despacho del recepcionista. Así lo hizo, deteniéndose ante el hombre de gafas ahumadas.

—Hemos recibido una llamada telefónica para usted, señor Cumming —dijo el empleado.

—¿Ah, sí? —inquirió Tony, con un gesto desenvuelto, sin dar importancia a lo que el otro acababa de decir.

El empleado había abierto una cajita, entre las muchas que había ante su espalda, cubriendo la pared de su despacho, para sacar una nota que entregó al joven.

—Muchas gracias —dijo Tony alejándose.

No subió a su habitación, sino que se quedó en el vestíbulo, sentándose en uno de los sillones. Luego llamó a un botones, ordenándole que le trajese una bebida fresca. Hacía calor fuera e incluso allí dentro, a pesar del excelente sistema de refrigeración que anunciaban los letreros que había en las paredes.

Antes de que el camarero le hubiese traído lo que había pedido, Tony desdobló el papel, en el que se decía lo siguiente:

«Sé que ha hecho un buen viaje, cosa de la que me alegro. Esta noche,

alrededor de las diez, pasará usted por un lugar llamado Hill, donde esperará a que yo llegue. Apague los faros del coche y espere sin preocuparse. Saludos, Jimmy».

La cosa iba en serio.

Tony rasgó el papel en minúsculos trocitos que luego lanzó a una papelera vecina. El camarero le había dejado el refresco sobre la mesa y el joven agente de la SIP lo saboreó con verdadera fruición. Pero no dejaba de pensar ni un solo instante en la cita que tenía aquella noche.

¿Qué nuevas órdenes le traería Jimmy?

No lo sabía.

Había algo, sin embargo, que los otros tampoco sabían. Siguiendo las instrucciones que le había dado Donald Callowan para evitar que lo reconociesen y también para seguir otros planes que el jefe de la SIP no quiso revelarle por entero, Tony había cambiado su fisonomía en el instituto de belleza de la astronave que le llevó desde la Tierra hasta Marte.

Sus cabellos negros habían perdido su primitivo color, convirtiéndose en una masa rojiza que había cambiado por completo el aspecto de su rostro. También sus cejas habían cambiado de color y unos tubitos plásticos colocados en el interior de las ventanas nasales desfiguraban su nariz y daban a su cara un aspecto más brutal y menos delicado que el que el joven poseía antes.

Su vestimenta también había cambiado por completo y el joven, que generalmente no se preocupaba mucho de su indumentaria, llevaba ahora trajes llamativos, cortados por sastres que sólo pensaban en la última moda y en colores vivísimos y un tanto chillones.

Callowan le había dicho que debía esconder su nueva personalidad en lo posible y que debía evitar que los de la banda le reconociesen tal como era ahora. Arnold le había visto con su otra apariencia, con la fisonomía del joven agente Tony Cumming.

Consultando la hora, Tony se dio cuenta de que tenía tiempo sobrado para cenar y como algunos huéspedes de los que había en el vestíbulo pasaban ya al elegante comedor, hizo lo propio, sentándose después en una mesa un tanto alejada y haciéndose servir una comida opípara. El viaje le había abierto el apetito y su buen humor seguía en marcha, a pesar de que, de vez en cuando, algunas ideas negras atravesaban su mente.

Después de cenar, tomó una copa de «whisky» y abandonó el hotel, yendo en busca de su coche.

Era temprano aún, pero, de todos modos, Tony, sin poder detener su impaciencia, puso en marcha el coche dirigiéndose hacia el lugar donde tenía la cita. No fue aprisa y se recreó un poco viendo la ciudad que no conocía. Los escaparates estaban llenos por doquier y un gentío enorme se paseaba por las aceras ignorando que unos hombres estaban preparando en aquella misma ciudad uno de los golpes más audaces que jamás hubieran dado.

No podía olvidar que el Banco de Uranio de Marsville era uno de los más importantes de todos los Planetas Reunidos.

La penuria de metales radiactivos había hecho que las precauciones por vigilar las cantidades que el Consejo Mundial poseía se hicieran más intensas cada vez. De ahí que se distribuyesen por todo el mundo, incluyendo los dos planetas en que la civilización del hombre se había desarrollado también: Venus y Marte. Pero el Banco de Uranio de Marte era el que poseía las substancias radiactivas de mayor pureza y la cantidad de Uranio que estaba encerrado en su caja fuerte era capaz de proporcionar más de cien veces de energía que las mezclas que guardaban los Bancos de Uranio en la Tierra.

La desaparición de aquella enorme riqueza significaría para el Consejo Mundial una bancarrota completa. Todas las comunicaciones espaciales, que se hacían con naves que consumían uranio de segunda calidad, se verían afectadas, ya que el uranio encerrado en Marte era después convertido en una substancia de menor potencia pero que podía servir para propulsar los poderosos motores de los astrocohetes.

La ciudad iba quedando atrás y Tony, que había consultado un plano en el comedor del hotel, antes de salir, reconoció perfectamente, por las indicaciones que había en la carretera, la dirección que había de seguir.

Momentos después atravesaba un puente que no cubría ningún río, sino un estrecho barranco por el que en otro tiempo debía de haber circulado el agua. Era aquello lo que quedaba de los famosos canales marcianos, que el tiempo había destruido por completo, y que no eran ya más que grietas amarillentas y resecas en la tierra del planeta.

Una vez hubo pasado el puente, torció a la derecha, siguiendo la indicación que la nota le daba, hasta detenerse un par de centenares de metros más allá, junto a un montón de piedras amarillas, una especie de monumento fantástico que la naturaleza había creado allí, movida por las fuerzas de la erosión.

Apagó los faros.

No se atrevió a encender un cigarrillo y esperó pacientemente hasta que, veinte minutos más tarde, el rumor apagado de un motor llegó hasta él. Se había puesto un sombrero de fieltro y se bajó las alas, subiéndose las solapas de la gabardina. Recordaba que Callowan le había dicho que debía evitar, en lo posible, que aquella gente reconociese su nueva personalidad.

No sabía aún qué motivos habían empujado al jefe de la SIP para darle aquellas órdenes, pero, no obstante, estaba dispuesto a seguirlas, como siempre había hecho, ciegamente.

Momentos más tarde, un vehículo más grande que el suyo se detenía a una docena de metros. La portezuela del coche se abrió y Tony vio, a la clara luz de las estrellas, la silueta de un hombre que avanzaba hacia él. Reconoció enseguida, por la estatura y el aspecto, al hombre que había conocido en el Espaciódromo de Nueva York.

Jimmy Arnold.

El hombre dio una vuelta al coche del agente, abriendo la portezuela opuesta, entrando y sentándose al lado de Cumming.

—Buenas noches —saludó el desconocido.

—Buenas noches —repuso Tony.

Hubo unos segundos de silencio; después Jimmy inquirió:

—¿Me recuerda?

—Sí.

—Bien. Ha llegado el momento de preparar los planes definitivos para el asalto al Banco de Uranio. En esta cartera —y dejó un estuche de cuero de tamaño regular— hay todas las explicaciones que usted necesita, así como los detalles para que la operación no falle. Después que los haya estudiado en su hotel, quémelos. No los guarde por ningún motivo. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Tony.

—El asalto se hará el domingo a mediodía. Procuraremos distraer a la gente con un espectáculo que el jefe les ha preparado.

Tony se sintió prendido por la curiosidad.

—¿Qué clase de espectáculo?

—No puedo decírselo, pero le garantizo que será lo suficientemente interesante para que la gente no se preocupe de usted, que estará trabajando en el interior del banco.

Tony sabía perfectamente que los domingos no había una vigilancia excesiva en el Banco de Uranio. Callowan le había explicado que sólo un viejo guardián, próximo a la jubilación, se quedaba en la sala del Museo para realizar sus funciones de vigilancia, que, después de todo, no tenían muchísima importancia.

Pero, no obstante, inquirió:

—¿Hay mucha guardia el domingo?

—No, sólo un viejo que será muy fácil de dominar.

—¿Tendré que hacerlo yo?

—No, alguien se habrá encargado de dejarlo sin sentido antes de que usted llegue.

Hubo una pausa; luego Tony preguntó:

—¿Cómo entraré en el Banco de Uranio?

El otro tardó unos segundos en contestar.

—Todas las instrucciones concretas, detalladas, están en esta cartera que voy a dejarle. Ahora, con su permiso, me voy. No volverá a verme hasta que, una vez, con lo que contiene la caja, venga de nuevo a este mismo lugar donde nos reunimos. ¿Lo ha comprendido todo bien?

—Perfectamente.

El otro abrió la portezuela, saltando ágilmente del coche y dirigiéndose al suyo propio.

Momentos después, maniobrando el vehículo con habilidad y girando casi en el mismo sitio, se alejaba hacia la carretera que conducía al antiguo puente sobre el canal marciano.

Tony permaneció un buen rato pensativo. Luego, cuando estuvo seguro de que el otro estaba ya lejos, puso su coche en marcha, encendiendo los faros.

CAPÍTULO III



N la Central de Policía de Marsville Edward Murmen examinó los informes que había recibido aquella mañana.

Como siempre, todas las misiones realizadas por los policías a sus órdenes se limitaban a pequeños robos, hurtos sin importancia y algún que otro escándalo. Nunca ocurría nada extraordinario en la ciudad y, en vez de alegrarse, Murmen lo lamentaba porque en su corazón latía siempre el deseo de ser ascendido de grado y poder trasladarse a la Tierra, que jamás había olvidado.

Pero nunca sucedía nada importante.

Edward era un hombre de cerca de cincuenta años de edad. Alto y corpulento, poseía no obstante un abdomen desarrollado y su gordura era otro de sus peores enemigos. Cada vez que se miraba al espejo juraba en voz baja, diciéndose que aquel maldito planeta y la tranquilidad que reinaba en la ciudad tenían la culpa de que su línea esbelta se hubiese perdido.

Después de examinar los informes, usó uno de los botones de su interfono y un hombre alto, casi tanto como él, pero con una silueta envidiable y un tipo atlético casi perfecto, penetró en el despacho.

—¿Me llamaba usted?

Murmen miró a Fred Arson, uno de los mejores inspectores de la brigada de policía de la ciudad. Comparándose con él, quince años antes, Edward pensó que había experimentado la misma emoción y el mismo deseo que

aquel joven, pero que después, poco a poco, sus ilusiones se habían ido truncando una a una hasta desaparecer por completo.

—Sí. Archíveme eso, Fred.

—Perfectamente, señor.

Cogió los documentos que le tendía su jefe y fue a alejarse cuando Edward le llamó de nuevo.

—¡Un momento!

Fred se volvió, mirando a Murmen.

Preguntó:

—¿Deseaba algo, señor?

—Sí. Siéntese un momento, Arson —la expresión de Murmen tenía ahora toda la fatiga de aquella vida que él no había deseado—. Quiero hablar un poco con usted. Lo necesito.

Fred obedeció, sentándose en uno de los sillones que había delante de la mesa de su jefe. Conocía perfectamente aquellas frases de depresión que experimentaba Murmen y lamentaba sinceramente la situación de aquel hombre que había luchado desesperadamente por llegar a donde probablemente no llegaría jamás.

Edward Murmen encendió un cigarrillo y después de echar el humo por boca y nariz levantó la mirada hacia su subordinado.

—¿Por qué no ocurre nada en la ciudad? —inquirió.

—Eso debería ser un orgullo para nosotros —repuso Arson—. Hay muchas ciudades en la Tierra que querrían poseer una tranquilidad como la nuestra.

Edward Murmen frunció el ceño.

—Sí, es verdad. Hay veces en que los hombres no sabemos exactamente lo que queremos. Pero, de todos modos, la vida de un policía está hecha de inquietudes, de temor y de peligros. Nosotros, amigo mío, llevamos mucho tiempo esperando algo interesante, algo con que demostrar que seguimos siendo los hombres en los que pusieron confianza al nombrarnos agentes del orden.

Fred Arson hubiera podido alargar la conversación hasta el infinito. También, a veces, cuando la alegría le abandonaba, experimentaba aquella sensación de desidia que era como la médula espiral de los sentimientos de su jefe. Pero, de todas las maneras, él todavía era joven y esperaba ansiosamente el momento de poder alejarse de Marte y volver a la Tierra, a cualquier ciudad, con un cargo incluso inferior al que tenía allí, pero con muchas más posibilidades para llenar su vida con un poco de emoción.

Deseando cambiar el tema de la conversación y alejar un poco de la mente de su jefe las negras ideas que debían poblarla, Arson inquirió:

—¿Cómo está la señora Murmen?

—Muy bien, gracias —repuso Edward—. Para las mujeres, la vida aquí o en otra parte es igual cuando poseen toda una jornada repleta de trabajo. No les ocurre como a nosotros, amigo Fred. Nosotros tenemos todo el día delante sin saber cómo llenarlo, a no ser con esos estúpidos informes que usted lleva ahora en la mano.

Estaba visto que no había manera de cambiar el curso de aquellas ideas verdaderamente obsesivas de Murmen. Y aprovechando un silencio que se había hecho, Fred se levantó, despidiéndose amablemente de su jefe y abandonando la estancia.

Una vez fuera, el joven se dirigió directamente a los archivos donde fue colocando, por orden alfabético, los informes que Murmen le había entregado. Él deseaba ardientemente poder hacer algo, pero si la ocasión no se presentaba allí esperaba hacerlo el año próximo, en que, gracias a una petición que había hecho a la Tierra, sería definitivamente trasladado.

El mismo ambiente respiraban los demás inspectores de la policía marciana. Era como si la tranquilidad que tanto les costó instaurar después de largo tiempo de enorme lucha y de peligros, les pesase ahora, gravitando sobre ellos como un peso del que quisieran escapar lo antes posible.

* * *

La noche del sábado estuvo llena de emoción para Tony. Después de cenar temprano, se retiró a su habitación y, tras haber cerrado cuidadosamente la puerta con llave, sacó de su escondrijo la cartera que le había entregado Jimmy en la reunión que habían tenido dos noches antes.

De nuevo, otra vez, examinó detenidamente las instrucciones que allí había. Todo estaba explicado detalladamente y, además de un plano exacto de la disposición de las estancias en el Banco de Uranio, había una serie de notas en las que se le decía que una puerta lateral estaría abierta junto a la entrada del Museo y que no tenía más que seguir el pasillo para, después de desembocar en una estancia que servía de ropero, encontrar allí un traje último modelo para protegerse de la radiación.

Volvió a leer por enésima vez todo aquello, grabándose en la memoria los detalles que en los papeles encontraba. Todo había sido estudiado y reseñado allí con una minuciosidad verdaderamente alucinante.

Se le decía que el domingo, a las doce menos cuarto, debía detener su automóvil frente a la fachada del Banco de Uranio. Luego debía esperar hasta las doce menos siete minutos, exactamente, para cruzar la plazuela penetrar por la pequeña puerta, que ya estaría abierta. Encontraría al guardián desvanecido en una estancia que había a la derecha. Pero, sin hacer caso de aquel detalle que se consideraba secundario, debía continuar hasta la habitación que servía de ropero, donde se pondría el traje protector.

Luego debía descender las escaleras que llevaban al sótano y allí, de nuevo, encontraría una puerta abierta que le conduciría finalmente a la sala donde se encontraban las cajas fuertes.

Sólo una de ellas debía interesarle, la que llevaba sobre la puerta el número tres. Las otras habían sido destinadas a guardar las especies radiactivas de más pobre contenido y, por lo tanto, debía despreciarlas definitivamente.

Nada se decía de la combinación de la caja, ya que se suponía que Tony conocía perfectamente su oficio. Pero sí se le daban explicaciones detalladas de todo lo que debía hacer para protegerse de la radiación, detallándole la manera de ponerse el traje y de cerrarlo herméticamente por todos los lados.

Cumming sonrió.

Aquellas indicaciones no significaban una preocupación de los de la banda hacia él, sino el deseo de que el chorro radiactivo que, al abrir la puerta de la caja fuerte, saldría disparado contra él, no le matase instantáneamente, echando por tierra de esa manera los planes del misterioso jefe.

Era precisamente la personalidad de aquel misterioso jefe lo que la *Spacial International Police* perseguía. Por lo demás, las personas que habían intervenido directa o indirectamente o las que debían intervenir aún, no interesaban más que de una manera secundaria. Tony se estaba preguntando, desde que había comenzado su misión, quién era aquella persona que, desde la sombra, movía los poderosos hilos de la banda.

Toni deseaba terminar pronto aquella aventura.

Dominando la natural intranquilidad que sentía, consiguió no obstante dormir de una manera apacible, despertándose antes del amanecer, pero con la cabeza despejada y el cuerpo dispuesto a entrar en acción. Pasó a la ducha, donde, después de haberse rociado con un chorro de agua caliente, puso el agua fría para despabilarse del todo. Vistióse con el cuidado que debía hacerlo el personaje que encarnaba en aquellos momentos, y después bajó a desayunar al comedor del hotel. Había más gente que el día anterior en el vestíbulo. Se notaba que era fiesta y las personas se movían de un lado para otro impacientes, risueñas, hablando y hasta chillando en todos los idiomas.

El Hotel Cosmos era un centro internacional y no tenía nada de extraño que muchísimos turistas venidos de la Tierra, de distintos puntos del globo terráqueo, coincidieran allí.

Después de haber desayunado, Tony, incapaz de quedarse en el hotel, fue a dar un paseo a pie, despreciando el coche. Necesitaba estirar un poco las piernas y serenarse al máximo. La ciudad estaba llena de gente y muchos de los establecimientos habían abierto por la mañana para facilitar las compras de los que después iban a salir al campo para pasar fuera el resto de la jornada. Mujeres, niños, hombres y ancianos parecían contentos de aquel sol radiante que, con menos intensidad que el día anterior, brillaba en el cielo.

Cumming pensó que aquellas personas que se paseaban por las aceras, que

reían ante los escaparates, que entraban y salían de las tiendas, ignoraban en absoluto lo que el hombre que habló con él la noche anterior, Jimmy Arnold, había calificado de «sorpresa para la ciudad».

¿De qué se trataría? ¿Qué habría preparado el misterioso jefe para atraer la atención de la ciudad entera y permitir de esa manera que Tony pudiera entrar y salir tranquilamente del Banco de Uranio, llevando en un maletín una carga de cerca de cuarenta kilos de mineral radiactivo de primera clase?

El agente de la SIP esperaba que aquella sorpresa no significase nada catastrófico para la pobre gente que en aquella mañana dominguera paseaba tranquilamente por la ciudad. Conociendo como conocía las decisiones crueles de muchos criminales, temía que el misterioso jefe de la banda de la que formaba parte pudiera despreciar la vida de la gente para lograr lo que ambicionaba.

Pero las cartas estaban echadas.

Nada podía hacerse para detener la marcha del tiempo y las horas pasarían mucho antes de lo que pudiese imaginar.

Así ocurrió.

Las once tocaron en un reloj vecino y Cumming, despertando de su ensimismamiento, se dirigió rápidamente hacia el hotel. Después de subir a su habitación y destruir los planos y las notas que le había entregado Arnold, siguiendo sus instrucciones, abandonó definitivamente el hotel a las once y media, subiendo a su coche y dirigiéndose hacia el centro de la ciudad.

Cuando llegó a la plazuela que servía de parte anterior a la fachada del Banco de Uranio estaba tranquilo, completamente sereno, porque había logrado dominar los nervios hasta imbuirse la idea de que su misión era y debía ser lo más importante para él.

Consultó el reloj.

A la hora prevista, las doce menos siete minutos, abandonó el vehículo, cruzando tranquilamente la plazuela donde unos niños, acompañados de su familia, jugueteaban alegremente. Los árboles que había ante la fachada del Banco de Uranio le permitieron pasar inadvertido ante las pocas personas que había en la plazuela y que estaban dedicadas a charlar o leían los periódicos de la mañana. Subiendo los escalones que conducían a la entrada del museo, se desvió después de echar una mirada a su alrededor, dirigiéndose hacia la pequeña puerta que empujó con decisión, no sorprendiéndose al encontrarla abierta.

Pasó por ella, cerrándola tras de sí.

Un silencio absoluto le rodeaba. La oscuridad no era completa, ya que un ventanal situado en la parte alta del pasillo dejaba filtrar un poco de la luz del día que le llegaba indirectamente de un patio vecino. Cumming, después de unos momentos de espera, empezó a andar hacia la habitación donde debía hallar al guardián.

Allí estaba.

Pero cuando el joven se detuvo unos instantes para contemplar el cuerpo caído en el suelo se dio cuenta de que algo había cambiado en los planes de los hombres de la banda.

¡El guardián estaba muerto!

Una mancha sanguinolenta le cubría la sien derecha, donde la sangre se había coagulado y ennegrecido rápidamente. Para cerciorarse aún mejor, Cumming se inclinó, poniendo la mano sobre la frente del hombre y pulsando su artería temporal. No sintió ningún latido. Era indudable que aquel hombre había dejado de existir.

Se incorporó, cerrando los puños con fuerza.

Ahora se daba cuenta de que la banda no iba a detenerse por nada ni por nadie. La vida de aquel hombre había sido suprimida brutalmente, sin que fuera necesario hacerlo.

No dudó un momento más y, pensando que su misión era lo más primordial, prosiguió su camino por el pasillo que llevaba al vestuario.

Una vez allí vio enseguida el monumental traje protector que colgaba de una percha. No tardó más de cuatro minutos en colocárselo, cerrándolo después herméticamente, pero cuidando que el micrófono y el auricular quedasen descubiertos para poder oír o hablar si era necesario.

Prosiguió su camino.

Momentos después bajaba las escaleras que conducían al sótano y empujaba la puerta abierta que le dejó ver, por vez primera, la sala de las cámaras blindadas.

Sus ojos se clavaron en la que llevaba inscrito sobre la puerta el número tres.

Había llegado el momento de actuar.

Penetró en la estancia, avanzando hacia la caja, ante la que se arrodilló. La combinación que Callowan le había dado no podía ofrecerle dificultad alguna.

Fue un momento de emoción cuando tiró del asa, arrastrando la pesada puerta que se abrió silenciosamente. Las sustancias radiactivas estaban en el interior, dentro de un cofre metálico con un letrero rojo, escrito en su cara externa, en el que se leía:

¡PELIGRO!

No llevaba ningún contador Geiger y no podía, por lo tanto, conocer la intensidad de la radiación que se escapaba del cofre. Por fortuna, poseía en su coche un maletín especial, de gruesas paredes de plomo, en el que metería inmediatamente aquella caja peligrosa.

Era inútil permanecer más tiempo allí.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas. Tony recogió el pesado cofre del

interior de la caja, arrastrándolo como pudo hasta la salida de la cámara fuerte. Una vez allí, respiró, permitiéndose un pequeño descanso antes de proseguir su camino.

El cofre pesaba enormemente.

Siguiendo el curso del pasillo, el agente de la SIP llegó hasta el lugar donde había visto antes el cadáver del infortunado guardián. No pudo reprimir un escalofrío al pensar en la crueldad de aquella gente que no había dudado un instante en suprimir al pobre hombre para su mayor tranquilidad.

Eran cuentas que la *Spacial International Police* tendría que saldar más adelante.

Por el momento, lo que a Tony le interesaba era salir cuanto antes de allí, puesto que podía ser visto por la gente que estaba en la plazuela frontera el Banco de Uranio.

Cumming llegó hasta la pequeña puerta que había encontrado abierta, asomándose antes de atreverse a salir. Pero no había absolutamente nadie en la plazuela ni en las calles adyacentes. Algo habían hecho los de la banda para atraer la atención de toda la población de la ciudad y separarla de aquel punto para que no viesen al ladrón.

Cruzando rápidamente la plaza, Tony subió a su coche, colocando antes en el cofre de plomo que tenía en la parte posterior del vehículo la caja que había sacado del banco.

Tenía que darse prisa.

Subió al coche y notó que tenía las manos empapadas de sudor. Fue entonces cuando se dio cuenta que aún no se había quitado el traje espacial. No perdió tiempo, desnudándose allí mismo y empujando el traje con el pie hacia el fondo del coche. Después puso en marcha el vehículo, alejándose de aquel lugar como alma que lleva el diablo.

Tenía todo el día por delante, ya que la hora de la cita era la misma de la que había tenido la noche anterior. Por eso, puesto que ya lo había medido antes, se dirigió hacia el hotel, aparcando tranquilamente el coche junto a la acera y penetrando de nuevo en el vestíbulo. No había peligro de que nadie se diese cuenta del contenido del portaequipajes del vehículo, puesto que el maletín de plomo impediría en todo caso que las radiaciones llegasen a ser detectadas ni con un contador Geiger.

Entró en el vestíbulo.

No vio más que a una de las camareras y al recepcionista, hacia el que se dirigió con una sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió—. He salido a dar una vuelta por las afueras y al regresar he visto que toda la ciudad estaba agitada.

El recepcionista le miró con asombro.

—¿Es que no ha oído usted nada? —preguntó a su vez el hombre.

Tony denegó con un gesto de cabeza.

—No, no he oído nada. ¿De qué se trata?

Fue la camarera la que intervino ahora.

—¡Ha sido horrible, señor! Dos helicargos han chocado en el cielo en la parte norte de la ciudad, esparciendo sus restos sobre las casas. Ha habido muchas víctimas, aunque no se sabe aún si los dos pilotos han perecido.

Tony no tuvo más remedio que estremecerse.

Estaba convenciéndose, cada vez más, de que la banda no reparaba en nada para, conseguir sus propósitos. Primero había sido el pobre guardián del Banco de Uranio; luego, quizás al mismo tiempo, la muerte de aquellas personas que debían de haber caído en aquella catástrofe de la que estaba hablando la camarera.

Deseando saber más después de la información que acababan de darle, salió fuera, y, despreciando el coche, que dejó en el mismo sitio donde lo había aparcado, siguió a algunos grupos que aún se dirigían hacia el norte de la ciudad. A medida que fue adentrándose en la zona del siniestro, fue viendo más y más gente que estaban detenidos hablando y comentando lo sucedido.

Un poco más allá un cordón policíaco le impidió el paso. Pero, desde donde estaba, pudo ver el humo de los incendios que habían producido y los destrozos causados en una casa, lo único que podía verse desde allí, que estaba completamente derruida.

Un oficial de policía explicaba a la gente lo ocurrido.

Y cuando Tony tuvo ocasión de acercarse a aquel hombre inquirió:

—¿Ha sido muy grave, señor?

—Ha sido una verdadera catástrofe —repuso el policía.

Hubo una pausa; luego el policía prosiguió:

—Llevamos contados más de veinte cadáveres entre la pobre gente que estaba en su casa.

—¿Y los pilotos de los helicargos? —inquirió el joven.

—No sabemos nada de uno de ellos —repuso el agente—. Hemos encontrado el cadáver de uno en el interior de la cabina, completamente carbonizado. Pero del otro no hemos hallado ni rastro.

La catástrofe, en efecto, había sido horrible. Y el jefe, el autor de todas aquellas muertes, debía de estar contento y satisfecho del horrendo plan que había forjado para acaparar la atención de los pobladores de Marsville.

Tony cerró los puños.

Sólo por aquello los hombres que habían provocado la catástrofe eran responsables del crimen más horrible que pudiera cometerse. Y la SIP, él no lo olvidaba, terminaría por imponerles un castigo, sin olvidar que al mismo tiempo habían procedido a robar el contenido de una de las cajas más

preciosas de todo el Sistema Planetario.

Apesadumbrado por lo que acababa de ver, el joven volvió lentamente al hotel. Al ver su coche detenido ante la puerta pensó si aquella estratagema imaginada por la SIP merecía todo lo que había sucedido. Pero en la vida de la policía, pensó, a veces es necesario sufrir desgracias como la que había acontecido en la ciudad para poder hallar la mano criminal que, completamente libre, podía producir daños mayores.

Echó una última ojeada al cofre del vehículo, comprobando que lo había cerrado con llave y que nadie podría hurgar en él. Después, dispuesto a esperar la hora de la cita con Arnold, subió a su habitación, dejándose caer en el lecho, entornando los ojos, sumido en profundas y desagradables ideas..



CAPÍTULO IV

LAN BEER tomó otra copa de «whisky» en el bar de Salt City, que estaba al lado de la estación de los helicargos. No estaba contento, pero tampoco estaba insatisfecho. El sonido agradable de los billetes que había recibido y que se dejaba oír cada vez que hundía la mano en el bolsillo para pagar, apagaba todo lo que su intranquila conciencia podía haberle dicho contra sí mismo.

Alan Beer había perdido la conciencia hacía muchísimo tiempo y se dedicaba, cuando podía, a entrar de contrabando en Marsville todos los productos que estaban controlados por los Servicios de Aduana.

En aquella ocasión, hacía exactamente tres noches, un hombre se había presentado ante él, mostrándole antes de hablar una cartera repleta de hermosos billetes. Debía de haber muchísimo dinero allí dentro y Alan se estremeció de placer al saber que parte de ello o la totalidad pudiera ser suyo.

Esto fue lo que ocurrió unos minutos más tarde.

El desconocido le explicó detenidamente su plan y, si bien al principio Beer dudó unos instantes, luego se convenció de que los peligros que iba a pasar estaban bien pagados con el contenido de aquella repleta cartera. Cuando el individuo desapareció, los billetes estaban ya en el bolsillo de Beer y éste dispuesto a realizar su trabajo.

Aquella noche, la que iba a preceder al acto que le habían ordenado realizar, fue para Alan una de las más cortas de su vida. Había pasado casi siete horas seguidas en el bar, no bebiendo siempre, pero consumiendo de vez en cuando un vaso para levantar un poco la moral. Si no estaba inquieto, estaba preocupado egoístamente por sí mismo, puesto que la misión que le habían encomendado era arriesgada, y si no tenía mucho cuidado podía salir tan mal parado como el otro conductor del helicargo.

Cuando se cansó y su mente empezó a sentirse pesada, subió a la habitación de aquel pequeño hotel, habitado casi exclusivamente por conductores, diciéndose que era preferible echar un sueño y olvidarlo todo hasta que el nuevo día naciese.

Al amanecer, Alan Beer fue despertado por el teléfono, comunicándole el recepcionista la hora que era. Se levantó rápidamente, como solía hacerlo siempre, yendo después a la ducha, de la que salió fresco y despejado.

Estaba muchísimo más tranquilo que la noche anterior.

Una vez hubo desayunado se dirigió a la plataforma donde estaban los aparatos, abriendo la portezuela de la cabina del suyo, y, después de haber entrado, examinó detenidamente la cerradura, modificando los engranajes con ayuda de un destornillador, de forma que se abriese rápidamente al menor empujón dado desde dentro.

Sacó después del armario interior del aparato un paracaídas, instrumento que casi nunca había utilizado, dada la seguridad de los helicópteros en los cortos viajes que cubrían las doscientas millas que separaban Salt City de la capital del planeta.

Después de colocárselo, cerrando bien las correas que le apretaban el cuerpo, Alan se dijo que los peligros eran mucho menores de lo que había imaginado y que, a setecientos metros de altura, vía que el otro había elegido previamente, el salto sería lo suficientemente suave para que no se hiciese daño.

El peligro, para Alan, residía en que fuese visto cuando saltase. Pero para eso había elegido un paracaídas de color oscuro y esperaba poder saltar del aparato a una distancia suficiente del suelo, generalmente lleno de nubes, para pasar inadvertido.

Momentos después, sin carga alguna, puesto que no tenía que ir a la ciudad en aquel día, domingo, Alan puso el aparato en marcha y despegó con su maestría habitual.

El día se anunciaba magnífico, pero, a medida que iba aproximándose a Marsville, se dio cuenta de que una capa de nubes, de baja altitud, flotaba sobre los edificios.

Aquello iba a facilitar enormemente su labor.

Mirando el compás y echando además una ojeada al mapa, el conductor ganó altura, tomando la dirección que iba a conducirlo exactamente contra el otro aparato.

Sobre una ciudad como Marsville, afectada casi diariamente por neblinas y humos de las fábricas, la circulación aérea había sido exactamente regulada y nadie podía circular sin demandar previamente la altura y la dirección de su rumbo. Aquello hacía que los accidentes se redujesen a cero y que la navegación se realizase dentro de unas condiciones de perfecto orden.

En esto precisamente confiaba Alan para poder encontrar en la nubosidad alta el aparato con que debía chocar.

Mientras pensaba en la manera de resolver aquella papeleta, Beer se decía que lo mejor era golpear de lado al contrario, de forma que el mayor afectado fuese el otro. Chocando de morro, meditó, el aplastamiento de ambas cabinas casi era inevitable.

Empezó a sentirse nervioso.

No era por nada, pero el peligro de perecer estúpidamente en aquellos

momentos, cuando llevaba los bolsillos llenos de dinero fácilmente ganado, le ponía fuera de sí. Hubiera querido haber terminado ya aquel asunto; encontrándose ya en el suelo y huyendo hacia algún lugar seguro.

No pensó ni un solo instante en la vida que iba a suprimir. Toda su atención estaba fija en lo que debía hacer y en su propio beneficio. Consultando el altímetro, vio que se hallaba ya en la altura deseada de setecientos metros y seguía exactamente el rumbo contrario del aparato que ni podía ver ni muchísimo menos oír.

Encendió el radar de a bordo.

No era un sistema muy potente, pero le permitiría al menos conocer la dirección, la posición y la altura del otro aparato. Tampoco era muy probable que el otro piloto, en pleno día, sabiendo que su ruta había sido prevista con tiempo suficiente, tuviese encendido el pequeño radar de a bordo.

Con ello contaba Alan.

No tardó en ver la estela luminosa que el otro aparato producía en la pantalla. Por la intensidad, adivinaba que se encontraba a unos mil doscientos metros del otro helicargo y que la situación de éste en el espacio era exactamente la que esperaba. Sonriendo por primera vez, seguro de sí mismo como nunca, Alan imprimió un pequeño movimiento lateral a su aparato, de manera a producir el choque de lado, tal como había pensado.

Aceleró un tanto.

Era curioso que la serenidad hubiese vuelto a su mente y que sus manos hubieran dejado de temblar. En aquellos momentos, completamente seguro de lo que iba a realizar, no tenía más deseos que terminar pronto.

Aumentó aún más la marcha del aparato.

En la pantalla, la imagen poseía ya una enorme intensidad. Y Alan, tocándose las correas del paracaídas, se dispuso a saltar justo en el momento en que la masa del otro aparato aparecía ante él.

Una veintena de metros antes de que se produjera la colisión, Beer saltó, abriendo la puerta con la facilidad que le procuraba el arreglo de la cerradura que había realizado en el campo de Salt City.

El choque llegó hasta él como una oleada horrísona. Mientras descendía, con el paracaídas cerrado, la vibración le lanzó de un lado a otro, al tiempo que veía cómo los depósitos se inflamaban en ambos aparatos y una especie de oleada de calor le recorría el cuerpo, envolviéndole por completo.

Instantes después, se abría el paracaídas y Alan descendía, entre las nubes, procurando tirar de los tirantes para desviar el camino de la vertical del accidente y alejarse lo más posible de la zona donde pudiera ser descubierto.

Lo consiguió por completo.

La suerte le favoreció hasta tal punto que cayó en una zona completamente deshabitada y entre altos muros casi derruidos. Desprendiéndose del

paracaídas, salió corriendo al tiempo que oía las sirenas de las ambulancias y de los bomberos que se ponían en marcha tras la explosión aérea.

Momentos después, ya en los arrabales de la ciudad, se alejaba tranquilamente, sin volver la cabeza, camino de Salt City, donde pensaba tomar una astronave que le condujese a la Tierra, lugar ideal para gastar plácidamente el enorme montón de dinero que había recibido.

* * *

Cuando Tony abrió los ojos, la noche había caído por completo y tuvo que incorporarse y mirar su reloj para darse cuenta de lo tarde que era.

Pendiente de la cita que tenía con Jimmy Arnold, se levantó, pasando antes por el lavabo donde se peinó rápidamente, mirando los cabellos rojizos que el profesor de cosmética de la astronave había imitado tan perfectamente.

Se puso un impermeable oscuro, cogiendo de nuevo el sombrero de ancha ala que había llevado a la primera cita. Después, abandonando el hotel, sin detenerse siquiera a cenar, subió al coche y lo puso en marcha, dirigiéndose al puente que atravesaba el antiguo canal marciano.

Su preocupación mayor era ahora saber lo que debía hacer cuando se encontrase con Arnold.

Callowan, antes de que el joven abandonase la Central de la SIP, le había aconsejado no despegarse un momento más de Arnold cuando le llevase el mineral robado. Porque si dejaba que el otro se marchase, podría ocurrir que desapareciera toda huella de él y que, por lo tanto, jamás se pudiera llegar hasta el misterioso jefe de la banda.

Pero, ¿cómo retener a Jimmy?

Era muy posible que Arnold, una vez que Tony le hubiese entregado el cofre de uranio, le pagase la cantidad convenida y se alejase, teniendo sumo cuidado en no dejarse seguir por el agente de la SIP, que se veía obligado a intervenir de una manera más directa y violenta para saber dónde se ocultaba el resto de la banda. Pero, pensando que era completamente inútil torturarse la mente en aquellos instantes y que algo saldría en el momento preciso para salvar la situación, Tony se limitó a conducir despacio, ya que tenía tiempo de sobra, hacia el lugar convenido para la cita.

Cuando atravesó el puente sobre el canal marciano, eran ya cerca de las doce. Había conducido lentamente para permanecer fuera de la ciudad y olvidar todo lo que en ella había ocurrido.

Pero no lo conseguía.

Las pocas imágenes de la catástrofe que había visto estaban profundamente grabadas en su mente y era muy difícil que se borrasen de ella.

Finalmente, cuando se encontró en el sitio donde se había reunido con Arnold días antes, detuvo el coche y apagó los focos, según lo convenido.

Esperó.

* * *

Toda la policía marciana había sido movilizada para atender la zona siniestrada.

Eran ya más de las once de la noche cuando Fred Arson, el joven y ambicioso inspector, volvía a la Central, cansado y con el uniforme lleno de polvo de la tierra que se había desprendido de las paredes con el choque violento de los helicargos al caer al suelo.

Estaba cansadísimo.

Al entrar sólo encontró al agente telefonista, al que saludó con un gesto, dirigiéndose luego a su despacho, en cuyo sillón se dejó caer.

Encendió un cigarrillo.

Tenía en las retinas las imágenes vistas, como si estuviesen allí mismo, y no pudo por menos que estremecerse al pensar en todos aquellos cadáveres destrozados que, ayudado por los de Sanidad, había ido sacando de entre los escombros.

Había sido horrible.

Por fortuna, la zona afectada no estaba habitada por nadie que el conociese directamente. Y aquello, mitigaba un poco la impresión que el hecho había producido en él.

Fue entonces cuando el agente telefonista apareció en la puerta del despacho.

Fred levantó la cabeza.

Preguntó:

—¿Qué hay, Lukas?

—Una llamada urgente para el jefe —dijo el telefonista.

—El jefe no está. ¿De qué se trata?

Fred abandonó su cómodo sillón, dirigiéndose, precedido por el agente, a la habitación donde estaban los aparatos de transmisión.

Lukas le señaló un teléfono que había descolgado entre otros aparatos.

—Ahí está —dijo el telefonista.

Arson tomó el aparato inquiriendo:

—¿Quién es?

Después de una inútil espera, agregó:

—Soy el inspector Fred Arson de la central de Marsville. Hable.

Hubo un corto silencio en el otro extremo de la línea; después, una voz que parecía lejana denunció:

—Le llamo para decirle que, mientras ustedes estaban entretenidos con la

catástrofe de esta mañana, han robado, el depósito de uranio del banco.

Arson se estremeció de pies a cabeza.

Pero, dominándose, pensando sólo que un loco o un estúpido podía gastar una broma de mal gusto en aquellos momentos de dolor general, repuso:

—No es momento para esta clase de bromas.

—No son bromas, señor. Usted mismo puede comprobar que es verdad lo que digo con sólo ir al banco. Después de todo, no hay tanta distancia desde la Central a él.

Iba a contestar Fred, cuando un chasquido al otro lado le hizo saber que la conversación había sido cortada por su misterioso interlocutor.

No sabía qué hacer.

Permaneció unos instantes allí, como convertido en una estatua, pero con la mente llena de ideas contradictorias que luchaban entre sí por imponerse.

Finalmente, diciéndose que aquella podía ser la ocasión que había esperado siempre, salió como una exhalación de la Central, subiendo en el coche, que estaba cubierto de polvo, y dirigiéndose hacia la plazuela donde se hallaba situado el Banco de Uranio.

Frenó ante la puerta, haciendo gemir los neumáticos, subió por la escalera e intentó abrir la puerta principal, desistiendo casi enseguida para, poco después, comprobar que la que había a su derecha estaba entreabierta.

La empujó.

Precauciosamente, sacó la pistola, penetrando en el interior del pequeño vestíbulo que seguía a la puerta. Con la linterna en la otra mano avanzó, paseando el rayo luminoso de izquierda a derecha, dispuesto, con el índice en el gatillo a hacer fuego a la menor sospecha.

No tardó mucho en descubrir el cuerpo del guardián que yacía en su habitación, un poco antes del vestuario.

Acercándose al viejo, comprobó enseguida que estaba muerto y sintió que algo helado le recorría la espalda.

¡El misterioso comunicante no había mentido!

Prosiguió su camino, ahora con mayor seguridad que antes, convencido de que el hombre que había asesinado al pobre guardián no podía estar todavía allí.

Momentos después, tras haber descendido las escaleras que conducían a la habitación de las cajas fuertes, pudo comprobar, con sólo dirigir el foco luminoso de su linterna a la caja fuerte, que el mineral radiactivo había desaparecido.

No quiso tocar nada, por temor a borrar las huellas que hubiesen quedado allí, aunque pensaba que el ladrón no iba a ser tan estúpido como para haberlas dejado. De todos modos, inspeccionó cuidadosamente la estancia,

tomando nota mental de cuanto vio. Luego, nerviosamente, abandonó el edificio, no sin antes cerrar la puerta de salida que había encontrado entreabierta.

Momentos después estaba ya en la Central. Se precipitó a la sala de comunicaciones, ordenando al agente encargado que le pusiese en comunicación radiofónica a toda velocidad con el jefe. Cuando tuvo al otro lado del micrófono a Edward Murmen, le relató lo sucedido.

—¡Voy enseguida! —exclamó Edward.

Fred volvió al despacho, donde encendió un nuevo cigarrillo mientras intentaba coordinar sus alocadas ideas. El misterioso comunicante le había hablado de la conexión existente entre el choque del helicargo y el robo de la masa radiactiva del banco. Era indudable, por lo tanto, que todo había sido organizado antes, estando estudiado para que existiese una coordinación de tiempo y espacio en ambos hechos.

El telefonista apareció de nuevo en aquel momento.

—Otra, llamada, señor. Dicen que es muy urgente.

Fred se levantó de un salto.

Se imaginaba que era de nuevo el misterioso interlocutor con el que había hablado momentos antes.

Y fue con mano nerviosa que se apoderó del aparato que el telefonista le señalaba.

—¿Diga? —inquirió con la voz llena de ansiedad.

—Soy yo, de nuevo —repuso la misma voz de antes—. Voy a darle una nueva noticia.

»No se moleste en buscar la línea de origen por la que le estoy llamando desde un punto alejado de todos los puestos de policía. La noticia que quiero darle es la siguiente: El hombre que ha robado el uranio se encuentra ahora a unos ciento cincuenta metros del puente que pasa por encima del antiguo canal de Marte, en un pequeño camino que hay a la derecha.

—¿Y cómo sabe usted todo esto? —inquirió Fred.

Una breve risita se dejó oír en el auricular.

—Eso, querido amigo, no tiene ninguna importancia. Pero ya le he demostrado antes que mis noticias son fidedignas. ¡Buena suerte y buena caza!

La comunicación había sido cortada.

CAPÍTULO V



ALÍA Fred de la sala de comunicaciones cuando se tropezó con Edward que entraba en la Central como una tromba, seguido por otro joven inspector de cabellos amarillentos y ojos azules.

El jefe de la policía de Marte miró intensamente a su subordinado.

—¿Qué hay de nuevo? —inquirió.

—Vamos al despacho, señor —invitó Fred.

Una vez los tres en el despacho de Murmen, Fred contó a su superior el contenido de la comunicación que acababa de celebrar.

Murmen, sin poderse contener, dio un formidable puñetazo sobre la mesa.

—¡Esto pasa ya de la raya! —gritó, con los ojos desorbitados—. ¡Cuánto me gustaría saber quién es ese personaje que tanto se preocupa por nosotros!

Una sonrisa ingenua pasó por los labios de Fred.

—Después de todo, señor —dijo—, debemos agradecerle que nos haya avisado de algo que desconocíamos.

Edward le miró furioso.

—No creo que tenga nada de gracia que nosotros, la policía, tengamos que ser informados por la gente que no pertenece a nuestro cuerpo. Ese tipo debe de ser uno de la banda interesado en hundir a los demás.

—Puede ser —aventuró Fred, sin comprometerse.

Hubo una pausa, después Murmen dijo:

—Lo que tenemos que hacer es seguir las instrucciones de ese hombre, puesto que usted mismo, Arson, ha comprobado que lo del Banco de Uranio era verdad. Si el hombre que ha robado el mineral está esperando a alguien donde le han dicho, estamos perdiendo el tiempo. ¡Vamos!

Salieron los tres, subiendo al coche del jefe de policía, ante cuyo volante se colocó el otro inspector.

El vehículo salió disparado como una exhalación.

Utilizando la sirena, el coche atravesó la ciudad econtrándose poco después en el camino que llevaba al puente. Sólo en las cercanías de éste, el inspector Culmer redujo un tanto la velocidad, deteniendo el vehículo en espera de las instrucciones de su superior.

—Sigue unos metros más —dijo Edward—. Después iremos a pie.

Así lo hicieron e, instantes más tarde, los tres hombres, con la pistola en la mano, tomaban el pequeño camino que se dirigía hacia el punto donde Tony

estaba esperando a Arnold.

Caminaban despacio, pegándose a las hileras de árboles que había a los lados, sin perder de vista la silueta del vehículo que ya habían avistado desde el principio del camino.

Cuando llegaron a una cincuentena de metros del coche, Edward hizo un gesto a los otros y éstos se separaron del camino penetrando en el bosque y marchando directamente hacia el vehículo.

Luego, a un nuevo gesto del jefe de la policía, corrieron hacia el coche, llegando a él al mismo tiempo que Edward Murmen.

Cercaron el coche, rodeándolo, sin dejar de apuntar con las pistolas que empuñaban; luego, decidiéndose, se acercaron, tirando fuertemente de las portezuelas, los tres al mismo tiempo.

El coche estaba completamente vacío.

Después de examinar los asientos, los policías abrieron el capot y fueron luego detrás para levantar la tapa del portaequipajes posterior del vehículo. A la luz de las potentes linternas que ahora habían encendido sin miedo alguno, examinaron detenidamente aquel compartimiento, viendo una serie de rayas que la maleta de plomo había dejado marcadas al ser sacada rápidamente de allí.

—No hay duda alguna —dijo Edward— que el ladrón ha venido hasta aquí en este coche y que llevaba consigo la maleta con la substancia radiactiva. Tendremos que echar una ojeada por los alrededores puesto que no es posible que se haya alejado mucho de este lugar.

Había bajado la voz al pronunciar esta última frase y los otros, comprendiendo su idea, apagaron inmediatamente las linternas.

No quisieron separarse, por miedo a ser atacados por el ladrón, marchando juntos pero recorriendo detenidamente todos los alrededores, durante más de una hora de búsqueda, sin lograr absolutamente nada.

Decidiéndose después, hicieron el mismo recorrido con las linternas encendidas y las armas dispuestas para disparar. Tampoco encontraron nada, esta vez y, al comprender que el ladrón debía de haber huido mucho antes que ellos llegasen allí, volvieron junto al coche abandonado.

—Está visto que hemos tenido mala suerte esta vez —dijo el jefe de policía.

—Eso creo —repuso Arson.

—De todos modos, tendremos que avisar para que una patrulla permanente vigile y registre todos estos lugares. Además, enviaremos órdenes a la policía de la ciudad para que establezca puesto de control a la salida de Marsville y no deje escapar a ninguna parte a este canalla.

El inspector Culmer se quedó junto al coche y los otros volvieron al suyo para dirigirse a la ciudad y dar las órdenes oportunas.

* * *

Tony tenía frío.

Pero estaba seguro que aquella sensación no era puramente física, sino que procedía del interior de su espíritu, que estaba profundamente intranquilo. Esperaba ansiosamente la llegada, de Arnold y, después de una hora de estancia en aquel lugar solitario, esto no aparecía.

¿Qué podía esperar el enviado del jefe? Tony poseía la riquísima materia radiactiva y estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo, no separándose de Jimmy ni un solo instante para poder conocer como fuera la identidad del misterioso jefe.

Esperó en vano.

Finalmente, la luz de los focos de un coche que avanzaba despacio por el otro lado del puente le llamó la atención. Había algo en aquel vehículo que le demostraba que no se trataba de Arnold. Meditó unos pocos instantes, diciéndose que era muy posible que estuviese a punto de caer en una trampa. Por eso, momentos después, y reuniendo de nuevo todas sus fuerzas, sacó el cofre que contenía el uranio y se lo llevó, casi arrastrándolo hacia la parte más espesa del bosque que había al lado del lugar donde había detenido el vehículo.

Una suerte y una desgracia le llegaron al mismo instante, puesto que, de repente, cuando menos lo esperaba, se deslizó por una brusca pendiente cayendo en lo hondo de un foso que debía de ser uno de los repliegues de los terrenos de los antiguos canales de Marte. El golpe le aturdió, pero no lo suficiente para recobrarse momentos más tarde y comprobar, palpándose el cuerpo, que no había sufrido un daño considerable. Sólo algunos rasguños y golpes sin importancia.

Ahora sí que oía el motor del coche que se acercaba al suyo y poco después oyó voces...

Arrastrándose, después de reconocer a tientas el lugar estrecho en el que había caído, consiguió subir un poco, agarrándose a los repliegues del terreno y a las pobres hierbas que hundían sus raíces en sus bordes, asomando un poco la cabeza, lo suficiente para ver los reflejos de las linternas que los hombres empuñaban ahora recorriendo el terreno alrededor del vehículo.

Estaba seguro de que se trataba de la policía y como Callowan le había aconsejado, sobre todo, no entrar en relación con ella, puesto que siempre se enturbiaban las cosas cuando la policía local intervenía en los asuntos de la SIP, se estuvo quieto, reteniendo incluso la respiración. Una de las veces, un policía pasó tan cerca la luz de su linterna, que el resplandor se reflejó en el interior del orificio, permitiéndole vez, desde donde estaba, el cofre de plomo que se hallaba en el fondo y... abierto.

Se estremeció.

Mientras los cabellos se erizaban en su cabeza, se dio cuenta del peligro horrible que estaba corriendo en aquellos momentos. Era posible que el cofre se hubiese abierto al caer y ahora las emanaciones mortíferas del uranio

debían de estar afectándole profundamente.

Lleno de terror, sin saber qué hacer, permaneció unos segundos más agarrado al reborde del orificio en el que había caído. Luego, decidiéndose, casi desesperado, se dejó caer y con las manos, palpando en la oscuridad que le rodeaba, consiguió cerrar la tapa de la caja de plomo.

Pero todo aquello, pensaba, era completamente inútil.

Había estudiado suficientemente el poder maléfico de las radiaciones para saber que estaba irremisiblemente perdido. Bastaban unos pocos segundos de la acción frutal de los rayos gamma, sin protección alguna, para que sus terribles efectos se sintiesen en el interior del cuerpo.

Recordando que uno de los síntomas más importantes de los enfermos de radiaciones eran las náuseas, con que se iniciaba el terrible mal que acababa con la muerte, le pareció que algo tiraba desde el interior de su estómago, produciéndole un asco espantoso.

El miedo le heló la sangre en las venas.

Pero no tenía más remedio que seguir, se había comprometido con la SIP a defender aquel caso y lograr, por lo menos, la identidad del jefe que se escondía detrás de todos aquellos robos de materias radiactivas. Sabía perfectamente que estaba perdido y que, desde el momento que, en el despacho de Donald Callowan, había aceptado la misión, había aceptado también la posibilidad de la muerte.

Y de ésta no podría escapar en modo alguno.

Ahora, lo que le interesaba era escapar de allí cuanto antes, puesto que se imaginaba sin equivocarse que la policía iba a tomar medidas especiales para acordonar aquella zona y registrarla minuciosamente.

Reuniendo fuerzas de flaqueza, intentando olvidar el peligro que corría y lo que podría haberse producido ya en el interior de su cuerpo, decidió agarrar el cofre y trepar, trabajosamente, sintiendo como si su brazo se fuera a desgarrar bajo el peso de la caja.

No obstante, consiguió trepar definitivamente y salir del agujero aunque le parecía haber realizado el mayor esfuerzo de su vida.

Era completamente imposible seguir arrastrando aquel peso espantoso. Por eso, después de descansar unos instantes, echado en el suelo, respirando con dificultad y pensando que quizás aquella dificultad respiratoria respondía a los primeros síntomas de la enfermedad que había contraído, se dispuso a apoderarse de su coche fuera como fuese.

Dejó el coche, avanzando cuidadosamente, procurando no hacer el menor ruido, hacia donde había dejado el vehículo. No tardó mucho en ver el punto Ígneo del cigarrillo que estaba fumando el inspector al que el jefe de policía había dejado allí.

El hombre estaba confiado.

No tenía más remedio que atacarle.

Le repugnaba la idea de hacer daño a un compañero, pero no tenía más

remedio. Avanzó, despacio, confundiéndose con las sombras que rodeaban el vehículo, hasta que, guiado por la luz del cigarrillo, dio un salto formidable, cayendo sobre el policía.

La pelea fue corta.

Tony había estudiado cuidadosamente los procedimientos del «judo» en la escuela de la *Spacial International Police* y no tardó mucho en dominar a su adversario, al que propinó un golpe con el único deseo de dejarlo atontado unos instantes.

Luego le desarmó.

Momentos más tarde volvió a recoger el cofre, que arrastró hacia el coche, lo encerró de nuevo en la parte posterior, subiendo después para dirigirse finalmente a la ciudad.

Estaba llegando al hotel cuando se cruzó con los primeros coches de policía que, haciendo sonar su sirena, se dirigían seguramente hacia el lugar que él acababa de abandonar. Se estremeció pero, dominándose, consiguió llegar hasta un callejón vecino al hotel donde metió el coche.

No sabía qué hacer.

El problema estaba ahora en encontrar un sitio adecuado para esconderse. Porque, en el interior de su mente, seguía pensando que Arnold no había podido reunirse con él pero que no tardarían mucho en comunicarse directa o indirectamente para recobrar el tesoro que él había robado.

Abandonando el coche en el callejón, donde por el momento podía dejarlo tranquilo, penetró en el hotel.

Atravesando rápidamente el vestíbulo, subió a su habitación, donde se encerró, dejándose caer sentado sobre el lecho y cogiéndose la cabeza entre las manos.

Nunca se había imaginado que la misión se complicase de aquella manera y no era mucho lo que le importaba el peligro que corría, sino el fracaso al que estaba abocado si la policía le descubría interrumpiendo así la cadena que la SIP había pensado entrelazar para llegar al responsable de los robos anteriores.

Se dijo que bien valdría la pena tomar un trago y llamó por teléfono rogando que le subieran una botella de «whisky».

—¡Adelante!

La puerta se abrió, dando paso a una muchacha de cabellos rojizos y extraordinariamente bonita, con una sonrisa amable en sus labios.

—Aquí tiene usted su «whisky», señor —dijo la muchacha, con una voz verdaderamente musical.

Tony la miró.

De la negrura de las ideas que poblaban su mente, surgía una que le repetía con toda claridad que él estaba condenado a morir. Todo lo bello de la vida, incluso seres como aquella muchacha que ahora tenía ante él, no debían contar absolutamente para nada en sus proyectos, que jamás podrían ser

demasiado largos.

Ella notó la expresión sombría de su rostro.

—¿Le ocurre algo, señor?

Tony sonrió con tristeza.

—No, estoy bien, aunque algo preocupado.

—Si yo puedo hacer algo por usted...

Tony la miró con mayor intensidad que antes.

Una idea acababa de atravesar su mente y se aferró a ella, ya que no tenía ninguna otra al alcance de la mano y se encontraba solo, como jamás se había hallado.

—No sé cómo decírselo... —balbuceó—. Pero lo que necesito ahora, en estos momentos, por encima de todo, es un lugar donde ocultarme. No tema, no se trata de una persecución policíaca ni mucho menos, pero un hombre que desea mi muerte ha llegado hoy a la ciudad.

Ella le miró con una mirada inteligente. Era una muchacha que, por lo visto, no daba demasiada importancia al hecho de que un hombre se hubiese torcido un poco en el recto camino de la ley.

Esa fue la impresión que le hizo al joven.

Se había alejado de él y abrió la botella, llenando un vaso con generosidad.

Luego, acercándose, exclamó:

—Tome, beba. Veo que lo necesita.

Él obedeció y, cuando hubo vaciado el vaso, la miró sonriente.

—Es usted muy amable, señorita...

La muchacha dijo:

—Me llamo Lydia. Lydia Homel.

—Perfectamente, Lydia. En realidad, no necesito el escondite más que para unos cuantos días: dos o tres.

Ella no contestó, limitándose a cerrar la botella.

Hubo una pausa; después, la muchacha, acercándose de nuevo a él, dijo:

—Perfectamente. Creo que tengo el lugar que usted necesita.

—¿De veras? —inquirió él, con el corazón lleno de esperanza.

—Sí. Mi propia casa.

—¿Vive usted muy lejos?

—No, muy cerca. En un jardín que hay al fondo del callejón, detrás del hotel.

Era maravilloso.

—¿Cree usted que podremos salir del hotel sin que nadie se dé cuenta?

—Sí. Podemos utilizar la escalera de servicio y salir por la puerta de atrás. Iremos a parar justamente donde usted ha dejado el coche.

En aquel momento, Tony no se percató de las palabras que ella había pronunciado, con las cuales demostraba que conocía el lugar donde él había dejado el vehículo. Pero la emoción y el agradecimiento embotaban en aquel

momento las ideas del joven agente de la SIP.

Lo que deseaba era huir de la policía y poder tomar contacto de nuevo con Jimmy Arnold.

Después de unos momentos de duda, dijo:

—Es que necesito con urgencia ese escondite.

—Bien —repuso ella—. Podemos ir, si usted quiere, ahora mismo.

Momentos después, abandonaban la estancia, tomando luego la escalera de servicio, tan silenciosa y desierta, que les condujo al patio posterior, justo junto a un callejón que conducía al lugar donde estaba el coche de Tony. Ella le guiaba y él seguía sus pasos silenciosos, volviéndose constantemente para ver si eran seguidos.

Pero no había nadie.

Luego, ya junto al coche, Tony abrió el portamaletas y cogió la pesada caja que contenía la substancia radiactiva.

Precedido por la muchacha, atravesó un pequeño huerto, bastante abandonado, en cuyo fondo había una especie de bosquecillo espeso que tuvieron que atravesar para llegar hasta la puerta de la verja del jardín, pequeño y muy cuidado, que precedía a la casa de la muchacha.

Ella abrió la puerta de hierro, haciendo lo mismo después con la del edificio. Se encontraron entonces en un vestíbulo bien amueblado y bastante coquetón.

Ella cerró la puerta.

—Creo que estará usted aquí muy bien —dijo, con una sonrisa—. Hay arriba dos habitaciones: una de ellas es la mía y la otra puede usted utilizarla. Generalmente, la hago servir cuando tengo visitas.

—Le estoy muy agradecido, señorita.

Ella sonrió y sus ojos brillaron por primera vez, con una intensidad imponente.

Tenía las pupilas verdes y a Tony le parecieron aquellos ojos como los de un felino que estuviese contemplando una presa que no podía escapársele en modo alguno.

—Hablemos claro —dijo ella, haciendo desaparecer la sonrisa que ornaba momentos antes sus labios—. No podemos jugar más con las cartas escondidas, señor Cumming. Yo sé que usted ha sido el hombre que ha robado las substancias radiactivas del Banco de Uranio. Comprenderá que todo lo que hago tiene un interés. Y, naturalmente, para hablar claro, he de decirle que si desea que guarde silencio y que le ayude a ocultarse, tendrá que darme la mitad de lo que valga lo que lleva en esa caja. No estoy muy enterada, pero sé que lo que ha cogido usted del banco significa una verdadera fortuna.

Tony la miró.

Se daba, cuenta de que había caído en las manos de una mujer ambiciosa; pero, en aquellos instantes, incluso bendijo el encuentro porque era la única

solución que podía presentársele en aquella situación difícil.

—Perfectamente, Lydia. Porque creo que en adelante tendremos que tratarnos con confianza.

—Naturalmente —rio ella—. Estoy de acuerdo en que, de aquí en adelante, tendremos que ser verdaderos amigos, Tony...

Hubo un silencio y los dos se contemplaron como dos enemigos que midiesen sus fuerzas. Luego, la muchacha dijo:

—Tengo que decirle algo más, Tony. Cuando usted salga de aquí será conmigo y no me despegaré en modo alguno hasta que no hayamos liquidado lo que hay en esa caja.

—¿Y cree usted que será fácil salir de la ciudad?

—Creo que sí. Yo tengo un coche; usted y la caja pueden ir en el portaequipajes mientras yo lo hago salir de Marsville. Todo el mundo me conoce y la policía no me pondrá obstáculos cuando pase por los controles que habrán establecido en las salidas de la ciudad.

La partida estaba echada.

Tony había encontrado una solución, pero se imaginaba ya las dificultades que tendría para librarse de aquella mujer y poder establecer contacto con Arnold.

CAPÍTULO VI



DWARD MURMEN dio un formidable puñetazo en la mesa. Sus ojos brillaban coléricamente y la expresión de su rostro no era nada agradable de ver.

Ante él, los inspectores Arson y Culmer contemplaban al suelo sin atreverse a mirar directamente a su jefe. Culmer llevaba una venda en la cabeza y su rostro todavía poseía un poco de la palidez que le había producido la pérdida de sangre por el golpe recibido. En cuanto a Arson, estaba tan enfadado como su jefe, pero intentaba no demostrárselo.

—¡Esto es intolerable! Nuestra primera misión importante, nuestro primer trabajo desde hace muchísimo tiempo y fracasamos de esta manera absurda.

La voz de Murmen sonaba alta, llena de inflexiones que ponía la cólera en ella.

—No podemos permitirnos perder más tiempo —añadió, después de una pausa—. En cuanto el gobernador se ha enterado del robo de uranio, que le ha comunicado el director del banco, se ha puesto furioso y exige de nosotros la máxima celeridad para detener al culpable y reintegrar la preciosa substancia a su cofre fuerte. No estoy dispuesto a tolerar más equivocaciones y, en cuanto a usted respecta —miró intensamente a Culmer—, no puedo consentir que uno de mis mejores hombres se deje golpear por la espalda como el más inocente de los policías.

Hubo una nueva pausa durante la cual Murmen estuvo ojeando unos papeles que acababan de entregarle, poco antes de penetrar en el despacho. Se trataba de los informes que el telefonista había ido recibiendo de los coches patrullas, que le comunicaban por radio los resultados infructuosos de la búsqueda.

—Aquí tengo la demostración palpable —dijo— de nuestra impotencia por encontrar a ese hombre. Podemos estar seguros, no obstante de que el ladrón no ha abandonado la ciudad. Este punto positivo a nuestro favor nos favorece y debe empujarnos a proseguir la búsqueda con toda intensidad. El ladrón no ha salido de la ciudad y esto es lo que debe mantenernos alerta y centuplicar nuestra actividad a partir de este momento. Quiero que se registren todos los barrios, que se busque el coche en el cual huyó el ladrón, que se penetre en todos los sitios públicos, cines, teatros, salas de fiesta y demás, porque ese hombre, desesperado y con un cofre que pesa muchísimo, no ha podido ir

muy lejos.

Tanto Arson como Culmer se dieron cuenta de que su jefe tenía razón y de que las observaciones que acababa de hacer eran justas.

El ladrón, sin el cofre, podía haberse escabullido bastante lejos y estar ahora en uno de los barrios extremos de la ciudad. Pero el cofre era un impedimento para que aquel hombre se moviera con la facilidad que hubiese deseado.

—¿No hay noticias del coche aún, señor? —inquirió Arson.

—No, no sabemos nada.

Precisamente en aquel instante, el telefonista entró, después de pedir permiso, entregando una nota a Edward.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó Murmen con una sonrisa en sus labios —... El coche ha sido encontrado en un callejón vecino al hotel. Eso nos demuestra que el ladrón no ha podido ir muy lejos. Ustedes, Fred y Carl, van a movilizar todos los hombres posibles y empezarán por describir un círculo alrededor del hotel, registrando todas las casas. No podemos fallar. No olviden que el director del banco está tan furioso como el gobernador y que esto puede costarnos el puesto.

El telefonista, que había salido, volvió de nuevo en aquel instante.

Murmen le miró frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió.

—Alguien le llama por teléfono, señor —repuso el joven.

—Pásame aquí mismo la comunicación.

—Muy bien.

Esperaron unos pocos segundos y poco después sonaba el teléfono que el jefe de policía tenía en el despacho.

Edward descolgó el aparato, inquiriendo:

—¿Quién es?

Una voz lejana sonó al otro lado del hilo.

—Mi personalidad no importa —dijo el desconocido—. Lo importante, señor Murmen, es lo que debo decirle. Hasta ahora he comunicado informaciones importantes a la policía pero, por lo visto, no han sabido ustedes aprovecharlas como debían. Ahora puedo decirles algo mucho más esencial: la caja que ese hombre ha robado no posee las condiciones de seguridad que debería tener, y el ladrón debe de haber empezado a sentirse enfermo.

—¿Qué quiere usted decir, exactamente? —inquirió el jefe de policía.

—Ya lo ha oído, señor. Las substancias radiactivas que van dentro del cofre han dañado al ladrón, con toda seguridad. Si ustedes publican una nota en los periódicos, y dan un aviso también por la radio e incluso a la televisión,

podrán asustar a ese hombre y hacer que se presente, porque está irremisiblemente condenado a morir.

Murmen hubiera dado cualquier cosa por conocer la identidad de su misterioso comunicante. Por eso, con una sonrisa, como si el otro pudiera verle, contestó:

—Escuche. Nosotros, la policía, agradecemos muchísimo todo lo que usted ha hecho hasta ahora, comunicándonos los movimientos del ladrón. Estamos completamente dispuestos a silenciar su nombre donde sea; pero, ¿por qué no nos dice quién es usted?

Una breve risita vibró en el auricular.

—Esto es imposible, al menos por ahora, señor Murmen. Ya llegará el momento de que yo mismo me presente a usted y me dé a conocer. Pero, por ahora, es imposible.

Y como Murmen, no dijese nada, el otro prosiguió:

—Y en cuanto a intentar fijar el teléfono desde donde le llamo, no se haga ninguna ilusión. He tomado todas las precauciones para que, cuando ustedes lleguen, ya no me encuentren aquí.

Colgó.

También lo hizo Edward, pero su enfado había desaparecido completamente, ya que la noticia que acababan de darle era importante y podía utilizarla a su favor.

Explicó a los dos inspectores lo que había oído, ordenándoles que se hiciese una nota para dirigirla a todos los medios de difusión posible, de manera que el ladrón conociera lo antes posible su enfermedad mortal.

No dudaba ni un solo instante de que el hombre que había robado el cofre preferiría salvar su vida, puesto que aún podía haber tiempo para curarle, cosa que sería imposible si dejaba pasar unas horas más.

Momentos más tarde, cuando Edward abandonó la Central de Policía, adornaba sus labios una sonrisa muy distinta al gesto adusto que tenía antes. Ahora tenía mucha más esperanza en lograr su propósito y demostrar a la ciudad que seguía siendo el de siempre.

* * *

Para Tony, el tiempo transcurría con una lentitud intolerable. La muchacha había vuelto una vez durante el día para traerle comida y cigarrillos. Pero no había cambiado más que unas frases banales y sin importancia con él, saliendo de nuevo para seguir trabajando en el hotel.

Cumming no sabía qué hacer.

Se daba cuenta de que su misión podía fracasar de un momento a otro si Arnold, asustado por los movimientos de la policía, se alejaba definitivamente de la ciudad, comunicando al jefe que el golpe había fracasado y que su autor

iba a ser detenido de un momento a otro. Si la policía lograba detenerle, todo el edificio tan cuidadosamente montado por la SIP se vendría definitivamente abajo.

Tenía que hacer algo.

Era imposible permanecer allí escondido indefinidamente, sin saber lo que pasaba en el exterior. Pero la puerta, que intentó abrir varias veces, resistió a todos sus esfuerzos, demostrándole que la ambiciosa muchacha había tomado sus precauciones.

Cuando la tarde cayó y las primeras sombras de la noche llegaron al jardín de la casa. Tony oyó unos pasos y, asomándose por la ventana superior, vio que un muchacho se acercaba con un montón de periódicos bajo del brazo y que tiraba uno de ellos debajo de la puerta.

Esperó a que el joven se hubiese alejado y entonces bajó las escaleras rápidamente, apoderándose con ansia del periódico.

Momentos más tarde conocía la terrible noticia que en primera página traía el diario. Allí se decía, claramente, que el maletín en el que se había trasladado la substancia radiactiva no reunía las condiciones adecuadas para defender al ladrón y que la terrible enfermedad producida por los rayos «gamma» ya debía de haber tomado carta de naturaleza en el hombre que se había llevado el uranio del Banco.

Se estremeció.

Por otra parte, él ya sabía, desde que la caja se había abierto en el interior del cráter en el que cayó, cuando huía de la policía, que los rayos «gamma» debían de haberle penetrado profundamente. Pero ahora, al ver que la caja no reunía las condiciones aislantes que hubiese deseado, se dio por irremisiblemente perdido.

No le importaba.

En aquellos momentos, su deseo de cumplir estaba por encima de todo y, ya que sabía que su vida estaba en peligro, intentaba, o debía hacerlo, por lo menos, hallar a Arnold y poder entregar a la SIP el jefe misterioso que había dirigido todos los robos contra todos los Bancos de Uranio en los últimos tiempos.

Tenía que huir.

Fue entonces, cuando con una furia indescriptible, arremetió contra la puerta, aprovechando unas herramientas que encontró en la mesa de la cocina de la casa de la muchacha. Después de casi una hora de trabajo ímprobo, consiguió desmontar la cerradura y, apoderándose de la caja fuerte, que era su única garantía para poder presentarse ante Jimmy Arnold, abandonó el edificio.

Una oscuridad completa le rodeaba.

Dejando la caja en uno de los extremos del jardín, empezó a buscar por los

alrededores, encontrando un cobertizo en el que la muchacha tenía guardado un coche antiguo, pero cuyo motor funcionaba perfectamente.

No lo dudó un momento más.

Volviendo a por el maletín de plomo, lo arrastró hasta el coche, colocándolo junto a su asiento delantero. Después de todo, poco le importaba que la radiación siguiese dañándole.

Puso el coche en marcha.

Se dirigió, usando los caminos laterales y las calles oscuras, hacia el extremo de la ciudad. Pensaba que lo lógico era salir de allí y, después de estar fuera de Marsville, poner un anuncio para atraer la atención de Arnold. Su idea era la mejor y la única factible.

* * *

Cuando Lydia Homel limpiaba una de las habitaciones del hotel, vio el periódico que el cliente había abandonado en la mesilla y se acercó, atraída por las enormes letras que se veían en la parte superior de la primera página. Al leerlas, se estremeció de pies a cabeza y comprendió entonces el enorme peligro al que había estado expuesta. Se encontraba perfectamente bien y no creía, llena de confianza, que ella estuviese enferma como aquel hombre. Pero lo que no podía consentir era que él siguiera en su casa, ya que podía considerar el negocio como completamente perdido.

Reflexionó unos instantes, bajando después para penetrar en una cabina telefónica y llamar a la policía.

Comunicó su nombre, sus señas y dijo que al intentar entrar en su casa había encontrado la puerta cerrada, viendo luz en una de las ventanas del piso superior, lo que la hacía pensar que alguien había entrado en ella durante su ausencia y que no podía ser nadie más que el ladrón del Banco de Uranio.

Nada más recibir la comunicación, Fred Arson, que estaba en el despacho, sintió que aquella vez la suerte le había favorecido. Sin perder un momento llamando a otros agentes, cogió su coche y salió hacia las señas que la joven acababa de darle.

Pero cuando llegó, deteniéndose ante la puerta, vio que ésta había sido violentada. Un registro rápido en el interior de la casa le demostró que el pájaro había volado de nuevo.

Cerró los puños con rabia.

Había creído que la suerte estaba de su lado y que podía demostrar a Edward Murmen que él era el mejor policía de toda la ciudad. Con rabia regresó a la Central, llamando de nuevo al hotel y rogando a la joven que se presentase allí para ampliar la declaración que tan someramente le había hecho por teléfono.

Lydia no tardó en presentarse.

Le hizo una descripción detalladísima del hombre que había entrado en su casa, cambiando su primera declaración y diciendo que con valor había penetrado en su domicilio mientras éste, que parecía muy enfermo, dormía en una de las habitaciones del piso superior.

—Esto cambia muchísimo las cosas —dijo Fred—. La descripción detallada que acaba usted de hacer y que le agradezco muchísimo, va a permitirnos hacer un retrato robot de este hombre, publicándolo en toda la prensa de mañana por la mañana. Fue una verdadera lástima que usted no nos avisase enseguida.

—Tenía miedo —repuso ella, con una mueca de hipócrita sinceridad—. Al principio, cuando le vi en la cama, creí que era un pobre vagabundo que se había metido en mi casa para descansar un poco. Pero, después, cuando leí los periódicos y recordé que había visto la enorme caja de plomo junto a la cama, me dije que se trataba del ladrón del banco.

—De todos modos, señorita, le estamos sinceramente agradecidos. Le rogaré que no salga de la ciudad sin avisarme porque seguramente será necesaria, muy pronto, para poder identificar definitivamente a ese hombre. Ahora, puede marcharse cuando quiera.

—Muchas gracias... —parecía que ella dudaba—. He leído, señor inspector, que hay una prima ofrecida por el banco al que dé detalles suficientes para la detención de ese hombre. ¿Cree usted que tendré derecho a ella?

—Naturalmente —repuso Arson, sonriendo—. Si detenemos a ese hombre gracias a la detallada información que usted nos ha proporcionado, puede contar con la prima.

Ella salió alborozada.

Después de todo, no había perdido el tiempo y podía ganar bastante dinero limpiamente, sin exponerse al horrible peligro de la radiación que, sin la información dada por los periódicos, hubiese contraído sin darse cuenta.

Al recordar la palidez del rostro de aquel joven, el brillo extraordinario de sus ojos y el temblor de sus manos, se dijo que no podría vivir mucho tiempo. Pero no le importaba nada lo que le ocurriese a él y sólo le interesaba el dinero que iba a percibir por haber facilitado su detención.

No quiso volver a su casa por temor de que la radiación que hubiese quedado en ella la dañase. Pidió permiso para pernoctar, cuidándose del trabajo de una de sus compañeras, que le agradeció mucho poder salir aquella noche. Después, ya tarde, al acostarse, sonrió mientras se metía en la cama, diciéndose que seguía siendo lista y que había jugado con las mejores cartas de la baraja.

* * *

Jimmy Arnold encendió un cigarrillo.

El nerviosismo agitaba sus dedos y un tic nervioso le hacía parpadear constantemente. Llevaba más de dos horas en aquel bar de Salt City, esperando la llamada del jefe, y pensando que no sería para nada bueno, puesto que hasta ahora todo lo que había pensado había fracasado.

Le parecía mentira que el ladrón de uranio no hubiese sido detenido. Aquella era la idea primordial de todo el plan que habían llevado a cabo. Ahora, mientras esperaba con la mirada fija en la cabina telefónica, se preguntaba dónde estaría aquel hombre y qué habría hecho con la substancia que había sacado del Banco de Uranio.

Cuando el teléfono se puso a sonar, momentos más tarde, Arnold se dejó caer desde el taburete a donde estaba encaramado, junto a la barra, precipitándose hacia la cabina, puesto que estaba seguro de que era para él la llamada.

Descolgó el aparato.

—¿Quién es?

La voz del jefe llegó hasta él.

—¿Jimmy?

—Sí, soy yo.

—Escucha —y la voz que le llegaba desde el otro lado del hilo estaba llena de una cólera apenas contenida—. Me he enterado de que hasta ahora hemos fracasado rotundamente. Y esto no puede seguir así. Hay que hacer algo para que ese hombre desaparezca cuanto antes. ¿Entendido?

Jimmy sintió que un sudor frío perlaba su frente.

Conocía perfectamente la personalidad del jefe y sabía que no era un hombre con el cual podía jugarse. La situación en que se encontraba era verdaderamente difícil y por eso, con una voz que se hizo vehemente, aseguró:

—Haré lo que sea, señor. Pero sigo sin comprender por qué ese hombre no ha sido capturado aún.

—Eso importa poco —repuso el jefe—. Lo que interesa es hacer algo y pronto. ¿No se te ocurre ninguna idea?

Precisamente en aquel momento el cerebro de Arnold parecía una olla en ebullición. Las ideas cruzaban su mente pero eran rechazadas una tras otra, ya que ninguna de ellas poseía, la base suficiente para ser puesta en práctica.

Finalmente, cuando notaba que en el otro extremo del hilo el hombre se estaba impacientando, la idea surgió de su cerebro.

—¡Ya la tengo, señor!

—¿De qué se trata?

—Puedo telefonear otra vez a la policía y darle una descripción exacta de este hombre. Es imposible que haya, salido de la ciudad y los hombres del

inspector Murmen no tardarán mucho en echarle el guante. ¿Qué le parece, señor?

Hubo una pausa.

Después, la voz del jefe sonó colérica en su oído:

—¡Haz lo que sea! Pero hazlo pronto. No quiero perder más tiempo. La situación aquí se hace insostenible. Telefonea y di lo que te parezca pero llámame después con una solución radical y definitiva.

Colgaron al otro lado y Arnold tardó unos minutos en hacerlo. Tenía la mano empapada en sudor y cuando dejó el microteléfono sobre la horquilla éste llevaba las huellas de sus dedos húmedos.

Salió de la cabina.

Fue de nuevo a la barra, sintiendo la necesidad de beber algo y, cuando le sirvieron el vaso de «whisky», lo bebió de un trago, notando que un calor interior llevaba a su espíritu un poco de la tranquilidad que tanto necesitaba.

Comprendía perfectamente la cólera del jefe. Tenía que encontrar una solución rápida para calmarle puesto que, si las cosas salían mal, toda la responsabilidad caería sobre él y el patrón no iba a perdonarle de ningún modo. No era un hombre acostumbrado a tener clemencia de los demás y por eso pagaba bien y sin regatear.

Después de haber encendido un cigarrillo, para aumentar su tranquilidad, se decidió, volviendo a la cabina y pidiendo una comunicación directa con la policía de Marsville.

Momentos después lograba hacerse oír personalmente por el jefe Edward Murmen.

—Soy el comunicante de siempre —dijo sin poder evitar una sonrisa—. Y ahora voy a demostrarles mi buena fe.

En el otro lado hubo un silencio; después, la voz de Edward inquirió:

—¿De qué se trata ahora?

—Sencillamente —repuso Jimmy—, de la descripción exacta del hombre que están ustedes buscando. Porque supongo que no lo habrán detenido todavía. ¿No es verdad?

—Así es —asintió la voz del policía.

—Se trata de un hombre de unos veinticinco años de edad. Es alto, moreno, con las cejas oscuras y los ojos también de este color. Mide unos seis pies y tres pulgadas de altura. Es fuerte, de anchas espaldas, y posee la apariencia de hombre simpático y abierto.

—Creo que está usted completamente equivocado —dijo el policía.

Jimmy frunció el ceño.

—¿Cree acaso que le estoy engañando?

—No es eso; pero sigo creyendo que está usted muy equivocado.

—¿Por qué?

—Porque el hombre que estamos buscando no tiene esas características que usted acaba de decirme. Es un hombre de esa misma altura, aproximadamente, pero su cuello es rojizo, sus cejas claras y posee un aspecto brutal y nada simpático, debido a la anchura de su nariz, cosa que nos hace pensar que se trata de un antiguo boxeador.

A Arnold le daba vueltas la cabeza.

Era completamente imposible lo que estaba escuchando y, después de una corta pausa, mientras dejaba que las ideas se filtrasen en su cerebro confuso, dijo:

—¡Está usted completamente equivocado!

—Lo siento —insistió el policía—, pero tenemos una descripción completamente detallada dada por una joven camarera de su hotel. Comprenda que esta broma ya ha llegado a su término de tolerancia.

Jimmy estaba furioso.

—¡Es usted el policía más estúpido que jamás me he encontrado en mi vida!

Y colgó el aparato, lleno de una cólera que apenas podía contener.

Volviendo de nuevo a la barra, pagó las consumiciones que había hecho y abandonó el local, subiendo a su coche y alejándose cuanto antes de allí.

Temía que la policía localizase el lugar de la llamada y no tardase en presentarse allí para investigar quién la había hecho.

Ahora, mientras se dirigía a Marsville en el coche, tenía la seguridad de que si no solucionaba personalmente el asunto, la mano poderosa del jefe caería sobre él, destrozándole como algo inútil que ya no contase para nada en la organización.

CAPÍTULO VII



UMMING intentó inútilmente salir de la ciudad. Cada vez que se acercaba a uno de los extremos de las calles, cuando éstas se prolongaban en las carreteras que salían de Marsville, veía les grupos de policía detenidos allí, parando a todos los coches que transitaban en una y otra dirección, registrando minuciosamente los vehículos y exigiendo una documentación detallada a sus ocupantes.

Era imposible huir.

Tuvo que convencerse y, de un humor pésimo, volver a adentrarse en la ciudad en el coche de la muchacha, que por lo menos le permitiría pasar inadvertido.

Pero ¿hasta cuándo? Más que nunca hubiera necesitado el consejo y la ayuda de la SIP. Y pensando que la presencia de un agente a su lado le hubiese hecho llevar la misión de una manera más brillante, se consideró solo y, al mismo tiempo, enfermo. Porque esto era precisamente lo que sentía: una serie de sensaciones extrañas que le iban invadiendo al mismo tiempo que la completa seguridad de que su vida estaba en peligro.

Tampoco deseaba, en modo alguno, abandonar la caja con los materiales radiactivos, puesto que éstos, dado que el maletín estaba en malas condiciones, podían resultar perjudiciales para la inocente población de la ciudad. Por eso, abandonando las vías principales, se refugió en uno de los callejones que daban a una de las avenidas más importantes, deteniendo el coche allí y descendiendo de él para estirar un poco las piernas y encender un cigarrillo.

Sus ideas no podían ser menos optimistas.

Pero, de todos modos, mientras reflexionaba, llegó a la conclusión de que podía hacer algo importante, algo que le permitiera moverse de un lado para otro de la ciudad y buscar a la persona con la que realmente deseaba ponerse en contacto: con Arnold, único camino para llegar al misterioso jefe de la organización.

Fue de esta manera que llegó a la conclusión de que lo que debía hacer antes que nada era abandonar en un sitio lo más seguro posible la caja con las substancias radiactivas. El coche no lo era, puesto que la muchacha, al ver que había huido de su casa, podía muy bien informar a la policía de que le había sido robado el vehículo y ésta no tardaría en encontrarlo en el callejón en que

lo había dejado, de la misma forma que ya se debían de haber apoderado del otro que dejó junto al hotel.

Decidido a poder moverse libremente por las calles de la ciudad, buscó un lugar, creyendo que el mejor era un jardín que había detrás del callejón que había elegido para detener el vehículo. Recorriéndolo, encontró una fuente ornamental formada por una serie de falsas rocas con orificios, como si hubieran sido hechos en realidad, por la erosión. Le pareció un lugar adecuado.

Volviendo al coche, arrastró penosamente una vez más el maletín hasta aquel lugar y lo colocó detrás de la pequeña cascada de agua que caía y que, cómo pudo comprobar, no era aprovechada por nadie, ya que no se trataba de una fuente pública para beber.

Lo que más le interesaba en aquellos momentos, además de su propia misión, era impedir que la gente de la ciudad contrajera la terrible enfermedad que él estaba ya experimentando. Andando por la calle, después de dejar la caja, se sentía mareado, como si hubiese bebido una cantidad enorme de alcohol. La cabeza le dolía y las sienes le latían intensamente.

Pero, dominándose, siguió su camino, intentando encontrar una solución a todos los problemas que tenía planteados.

Fue entonces cuando, al detenerse ante un escaparate, se examinó largamente.

¡Qué estúpido había sido!

Pensando en engañar a la banda había olvidado desteñirse los cabellos y tomar un aspecto que ahora podía servirle para escapar a la persecución policíaca. Sin pensarlo más, entró en un bar, desierto casi por entero, cosa de la que se alegró, marchando inmediatamente al lavabo. Una vez ahí, se lavó con abundante agua caliente el cabello y las cejas, quitándose después los trozos de goma plástica que el profesor de la astronave le había introducido en las fosas nasales.

Su aspecto cambió por completo.

Necesitaba también cambiar de ropa, puesto que la pelea sostenida en los alrededores de la ciudad, cuando la policía asaltó su coche, había dejado su traje en un estado lamentable.

Teniendo dinero en cantidad y cuando, al examinarse en el espejo, comprendió que su aspecto había cambiado por completo, se decidió a dirigirse a un almacén de ropas, donde encontró lo necesario para cambiar completamente su apariencia exterior.

Cuando finalmente abandonó la tienda, deteniéndose ante el escaparate de otra para examinarse con detenimiento, sonrió satisfecho, ya que en nada se parecía al hombre cuya fotografía o retrato-robot publicaban todos los periódicos de la ciudad.

Ahora estaba en condiciones de encontrar al hombre al que andaba

buscando y que, según él suponía, también debía de estar buscándole a su vez.

Se puso a andar por las calles, sin saber exactamente si hacía bien, o mal, pensando sólo en que, con un poco de suerte, podría encontrar a Arnold pero, después de una hora de marcha interrumpida empezó a cansarse y terminó por sentarse en la terraza de un café, junto a una hermosa plaza. La gente circulaba en aquella noche cálida y muchas conversaciones de las que él oyó estaban relacionadas con el robo del banco o con la persecución que la policía había emprendido del culpable misterioso, cuya fotografía publicaban todos los periódicos.

También hablaba el público de la catástrofe que había acontecido aquella mañana. Las tiendas habían abierto al atardecer para atender las demandas de los visitantes que habían llegado de las ciudades vecinas.

La afluencia de gente era intensa en los días festivos y los sucesos ocurridos en aquella memorable jornada habían incrementado el número de visitantes con los periodistas de muchos pueblos y ciudades que habían venido para lograr una información detallada de lo ocurrido.

Estaba tomando un café y encendía en aquel momento un cigarrillo, cuando un vehículo se detuvo al otro lado de la calle llamándole la atención, sin saber exactamente por qué. Miró hacia el coche.

Fue entonces cuando, de repente, observó con más detenimiento al hombre que lo conducía y que, en aquellos momentos, se disponía a descender de él. Un estremecimiento recorrió la espalda del agente de la SIP al reconocer a Arnold. El hombre había descendido del coche y penetraba en un bar que estaba exactamente enfrente al que había elegido Tony.

La alegría de haber encontrado al único eslabón que podía conducirle hacia el jefe de la banda llenó de gozo al joven, haciéndole olvidar de momento los sufrimientos físicos y morales que estaba padeciendo. Llamando al camarero, pagó el importe de lo que acababa de tomar y cruzó inmediatamente la calle para penetrar en el bar en que instantes antes había penetrado el otro.

Lo vio desde la puerta, sentado ante la barra, en uno de los altos taburetes.

Se acercó a él.

Pero, antes de decidirse a abordarle, se detuvo unos instantes haciendo unos esfuerzos para dejar aparte la emoción que sentía. Deseaba presentarse ante Jimmy con naturalidad y jugar con él de la misma manera que lo hubiera hecho cualquier otro granuja.

Decidiéndose, se aproximó a Arnold, poniendo una mano sobre el hombro del otro.

Arnold se volvió como si le hubiese picado una víbora. Sus ojos se abrieron enormemente al reconocer al hombre que tenía ante él y una palidez mortal cubrió su rostro. Pero, dominándose merced a un poderoso esfuerzo, esbozó una sonrisa.

—¡Qué sorpresa! —exclamó.

—¿De veras? —repuso Tony con una sonrisa un poco más burlona que la de su compañero.

El otro le miró con atención.

Se veía claramente que no encontraba las palabras justas que debía decir. Y adivinando aquel estado de ánimo de Arnold, Tony dijo:

—Comprendo tu sorpresa, muchacho. Pero estuve esperando un buen rato...

El otro sonrió de nuevo.

—No pude llegar. Me fue completamente imposible. ¿Qué ocurrió allí?

Tony se había encaramado al taburete cercano al otro y, antes de contestar, pidió un «whisky» al camarero. Bebió unos cuantos sorbos y, volviéndose a Jimmy, explicó:

—Pasé un mal rato. La policía se presentó cuando estaba esperándote.

—No sabes cuanto me alegro de que pudieras escapar. ¿Y la caja?

—En un lugar seguro.

Tony miró intensamente al otro. Había llegado el momento de atacar directamente y sin ambages.

—¿Qué hay que hacer con lo de la caja? —inquirió sin dejar de mirar al otro.

Jimmy tamborileó nerviosamente con las yemas de los dedos en el borde del mostrador, diciendo luego con voz insegura y ronca:

—No lo sé aún. No he podido entrar en contacto con el jefe. La ciudad está llena de policías y es peligroso moverse ahora.

—Naturalmente —repuso Tony—. Yo también he tenido que estar huyendo durante todo el día y toda la noche. Pero no puedo dejar ese material por más tiempo en el sitio en el que lo he escondido.

Arnold preguntó:

—¿Cerca de aquí supongo?

Tony sonrió.

—Sí, muy cerca de aquí. ¿No podrías ponerte en comunicación con el jefe ahora mismo y resolver este asunto definitivamente?

El otro movió la cabeza de uno a otro lado.

—Imposible. Pero espero poder hacerlo de un momento a otro.

Permanecieron un largo rato en silencio.

Arnold miraba curiosamente al joven agente sin decir nada. Después, al cabo de un momento, preguntó:

—Oye, muchacho, ¿estás seguro de que te presentaste en el Hotel Cosmos?

—Naturalmente.

—Lo digo porque me han dicho que había otro Cumming en ese hotel,

pero con un aspecto completamente distinto al tuyo.

Tony sonrió.

No era el momento de explicar a aquel hombre cosas que no le interesaban. Por eso, cambiando de conversación, volvió a insistir en la necesidad de ponerse en comunicación con el jefe.

—Ya te he dicho que, por ahora, es imposible —dijo Arnold.

La expresión del rostro de Tony se endureció de repente.

—Escucha, Jimmy: yo he sido el único de todos que he estado constantemente en peligro. Mientras tú no acudías a la cita, yo tenía que enfrentarme con la policía y, además, como habrás leído en los periódicos, con el peligro de la radiación, puesto que la caja que me entregaste no poseía las condiciones necesarias para protegerme. ¡Estoy empezando a estar harto! Y te advierto que no admito más dilaciones. Tienes que ponerte en comunicación con el jefe; que se me pague lo que acordamos en principio. Yo os entregaré esa maldita sustancia y me alejaré cuanto antes de aquí.

Jimmy se dio perfecta cuenta de que aquel hombre estaba dispuesto a todo. Era como si tuviera ante él un nuevo Tony Cumming, con los ojos brillantes y la expresión de dureza en su boca semicerrada.

Sonrió.

—Está bien, está bien —dijo, con un tono de voz conciliador—. Haremos lo posible por comunicarnos con el jefe cuanto antes. Pero si te he dicho que ahora es imposible encontrarlo es porque realmente no sé dónde está. Se halla ocupadísimo y no podría encontrarle de momento en parte alguna.

La expresión del rostro de Tony no se había dulcificado en absoluto.

Y con una voz intensa, dijo:

—De todos modos, no pienso separarme de ti ni un solo instante. Te dije antes que estaba hasta la coronilla de vuestras huidas y faltas a las citas que hacéis y no quiero que la cosa se repita. Estoy en peligro y tú podrás esconderme y tenerme a tu lado hasta que entremos en relación con el jefe. ¿Qué dices a eso?

—Desde luego... —la voz de Jimmy había perdido fuerza y un brillo de temor lucía en sus ojos—. Haremos lo que tú quieras, vendrás conmigo y, cuando entremos en relación con el jefe, te pagaremos y te largarás definitivamente de aquí. ¿Contento?

—Desde luego. Es la única manera de poder seguir nuestras relaciones.

Se había vuelto Arnold para pedir una nueva bebida, cuando una voz fuerte sonó en la entrada del bar.

—¡Policía! ¡Todo el mundo en su sitio y sin moverse!

Tony no pudo evitar un estremecimiento.

Volviéndose, vio que un oficial de policía, seguido de unos cuantos agentes, había penetrado en el local y miraba inquisitivamente a todas partes. Si en aquel momento era detenido, todo el plan que había formado desde el

principio, todos los peligros y situaciones embarazosas que había pasado, no habrían servido para nada.

Pero, cuando ya se había tranquilizado al comprobar que los ojos del policía no se detenían en él, tuvo ocasión de estremecerse de nuevo al ver que entraba otro policía acompañando a la muchacha del hotel.

¡Ahora sí que podía considerarse definitivamente perdido!

Mirando de reojo a Arnold, vio que éste había palidecido intensamente y que los dedos que sostenían el vaso de bebida que acababa servirse temblaba de una manera escandalosa. Era una verdadera lástima que la importuna intervención de la policía lo echase todo a rodar.

El oficial de la policía avanzó hacia los clientes, pidiéndoles la documentación. Pero, al mismo tiempo, dejaba que la muchacha los mirase y fuese denegando con la cabeza manifestando así que no era el que estaban buscando.

Así llegaron hasta la barra.

Tony estaba nervioso, pero intentaba dominarse y hasta consiguió que una sonrisa aflorase a sus labios.

Había sacado su documentación, enseñándola al policía, al mismo tiempo que lo hacía Arnold. El silencio era tan intenso que hubiera podido cortarse, por su densidad, con un cuchillo.

El policía observó los documentos y se volvió a la muchacha. Por un momento los ojos de ella se clavaron con insistencia en los del joven agente de la SIP. Fue un instante decisivo para él y sólo cuando ella denegó con la cabeza comprendió que su nuevo aspecto le era desconocido. Había olvidado la transformación que hizo unas horas antes y ahora se reía en su interior del miedo que acababa de pasar.

Momentos después los policías abandonaban el local

CAPÍTULO VIII



ALGUNAS horas antes Alan Beer había llegado a Salt City, después de haber recorrido una buena extensión de terreno, hasta que, tropezando con una carretera, pudo proseguir su camino practicando el «auto-stop», hasta la pequeña ciudad que era la más cercana a Marsville.

Estaba satisfecho de lo que había hecho y deseaba procurarse cuanto antes un pasaje para la Tierra.

Gracias al «auto-stop» no tuvo que gastar nada y, cuando llegó a Salt City, el conductor del vehículo que le había llevado gratuitamente hasta allí no quiso detenerse, puesto que, teniendo prisa, debía proseguir su viaje.

Alan se despidió de él y marchó directamente a uno de los bares situados en la avenida central, deseando tomar un trago y descansar un poco antes de telefonear a la Agenda de Viajes para encargar su viaje a la Tierra. Entró en el local, yendo hacia el mostrador y encaramándose en uno de los altos taburetes.

Dirigiéndose al camarero, pidió:

—¡Eh, muchacho, tráeme un «whisky» doble!

El otro obedeció y Alan saboreó despacio, con fruición, el contenido del vaso. Ahora, que ya estaba lejos de todos los peligros pasados, de las investigaciones de la policía y de las sospechas de la gente, se encontraba tranquilo, satisfecho, dispuesto a forjarse una nueva existencia.

Verdad era que había perdido el helicargo, que era de su pertenencia, pero el montón de billetes que llevaba consigo compensaba sobradamente aquella pérdida.

En cuanto al peligro corrido, lo había olvidado enseguida y le daba mayor importancia lo hecho, puesto que había conseguido lo que desde hacía muchísimo tiempo soñaba lograr. Al pensar ahora que podía establecerse en cualquier ciudad de la Tierra, montando un negocio fructífero, no echaba de menos todos los trabajos y sinsabores que, desde que había empezado su labor con el helicargo, tuvo en aquel planeta.

Vio gente elegante en el bar, pero no sentía ninguna envidia de ellos puesto que, en cuanto llegase a la Tierra, pensaba proveerse de todo lo necesario para convertirse en uno de ellos. Se habían terminado las horas de miseria y dificultades y desde ahora, disfrutaría de una vida cómoda y fácil como la que desde siempre había deseado.

Pidió otro vaso, diciéndose después que no debía de beber en exceso. Así, cuando hubo terminado el segundo, llamó al camarero y le dio uno de los billetes que había recibido de Jimmy. El hombre se alejó.

Poco después, con el entrecejo fruncido, volvía hasta él y, mostrándole el billete que había recibido, inquirió:

—¿No tiene usted otro?

Fue entonces el momento de asombro para Beer, que, con la frente arrugada y un gesto despectivo, preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, que este billete es falso.

—¿Falso?

La sospecha no había todavía aflorado en la mente de Alan. Pero, de todos

modos, no pudo evitar una sensación desagradable en el estómago. Sonrió, no obstante, logrando dominarse, y sacando otro billete se lo dio al *barman*.

—Es posible que me hayan dado este billete falso. No puede uno fiarse de ningún cliente.

El hombre tomó el nuevo billete, observándolo con cuidado, y entonces sus ojos brillaron coléricamente.

—¿Es que me toma usted por tonto? —inquirió—. Este billete es tan falso como el otro.

Ahora sí que no había duda alguna de que Beer había sido engañado.

Dominando el temblor de sus manos y diciéndose que lo más importante era aplacar la cólera del otro para evitar que llamase a la policía, Alan consiguió sonreír y hurgando en los bolsillos de su pantalón, donde todavía tenía algún dinero suyo, sacó lo suficiente para pagar los dos vasos.

Pero el ceño del camarero no se había desfruncido.

—Estas bromas pueden costarle caras, señor —dijo el del mostrador.

Beer no se atrevió a contestar.

Guardándose los dos billetes que el hombre le había tirado en el mostrador con desprecio y rabia abandonó el local, mientras un sudor frío le cubría la frente.

La magnitud de lo ocurrido se introdujo en su mente de golpe cuando estuvo fuera del local.

Cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y una rabia ciega se apoderó de él. Comprendía ahora la facilidad con que el otro le había entregado aquella cantidad de dinero que, desde el principio, él mismo había considerado como excesiva por el trabajo que le habían pedido hacer.

Ahora, sin un centavo, con el helicargo destrozado y sin posibilidades de encontrar otra clase de trabajo, se encontraba desamparado y a merced de lo que más había temido en su vida: la miseria.

Pero Alan no era un hombre que se plegase fácilmente a una jugarreta que le hubiesen hecho. La idea de la venganza le poseyó por completo y, diciéndose que Jimmy tenía que haber regresado a Marsville para apoderarse de las sustancias radiactivas robadas en el banco, puesto que había oído hablar ampliamente de ello y relacionaba perfectamente la catástrofe aérea que había provocado y el robo del banco, reunió el poco dinero que tenía, tomando un autobús que iba a conducirle a Marsville.

Estaba decidido a vengarse y, además, a conseguir el dinero que tenían que haberle dado, pero esta vez legítimo. Sentía un ansia espantosa de rodear con sus manos el cuello del hombre que le propuso el «negocio» y apretar hasta que los ojos del otro le saliesen de las órbitas.

Dos horas más tarde el autobús le dejaba en la plaza principal de Marsville.

*   *   *

A bordo de su propio vehículo policíaco, el jefe Edward Murmen avanzaba por la ciudad, conduciendo con prudencia, con una expresión de duda y de temor en la mirada. Desde que había recibido la llamada del director del Banco de Uranio convocándole inmediatamente en su despacho particular. Edward estaba visiblemente nervioso.

La personalidad de Clif H. Summer, el director general de todos los Bancos de Uranio del planeta, era suficientemente importante para que el jefe de policía se sintiera inquieto, puesto que aquel hombre debía de estar furioso al ver que la policía no había conseguido nada hasta el momento.

El gobernador y el alcalde de la ciudad también le habían llamado, pero ellos fueron mucho más amables que Clif al teléfono, deseando sinceramente que Murmen avanzase en las investigaciones generales que había comenzado. Muy distinto era ser llamado urgentemente por el poderoso director del banco, cuya influencia era tan grande que podía hacer trastocar todos los planes personales de Edward y terminar con él como jefe de policía en cuanto lo desease. Por eso Murmen conducía con nerviosismo, aunque despacio, como si desease alargar el tiempo y la distancia que le separaba del poderoso Summer.

Cuando detuvo el vehículo ante el imponente y elegante edificio en el que Clif poseía su despacho particular, ya que además de director era abogado general, Murmen no pudo evitar un estremecimiento y descendió del coche con paso inseguro, penetrando luego en la casa para, dirigiéndose hacia los ascensores, hacerse conducir hasta la planta doceava, donde se hallaban instaladas las oficinas del director del Banco de Uranio.

Minutos más tarde era introducido en un despacho de dimensiones colosales, amueblado con un lujo verdaderamente asiático.

Dos hombres estaban allí.

Uno de ellos se hallaba detrás de la mesa, con su voluminosa personalidad, su amplia frente, sus ojos azules y brillantes como el acero y sus cabellos completamente blancos, pero abundantes como los de un joven de veinte años. El otro, delgado y moreno, correctamente vestido, estaba de pie, apoyándose con la mano derecha en la mesa-despacho.

—Pase, inspector.

No pasó inadvertido para Murmen aquel tratamiento, ya que se dio cuenta de que el otro no le llamaba jefe de policía, que le rebajaba de grado, como si ya estuviese en su mente la idea de degradarle.

A un gesto del poderoso Clif, Murmen tomó asiento en un sillón y aceptó, con temblorosa mano, el cigarrillo que el otro le ofrecía.

—Estoy a su disposición, señor —dijo con un hilo de voz.

Clif no sonrió y su frente mostró las arrugas que seguramente la preocupación ponía en ella.

—Le he llamado, Murmen, para comunicarle algo muy importante y terminar este escandaloso y bochornoso asunto de una vez para siempre.

Murmen creyó que había llegado el momento de justificarse.

—Nosotros, señor Summer, estamos haciendo todo lo posible por capturar a ese hombre y recuperar las sustancias radiactivas robadas de su banco. En este momento la totalidad de mis efectivos están en movimiento y seguimos investigando en cada barrio, en cada local, y hasta en cada casa, para ver si conseguimos dar con él.

Clif hizo un gesto vago con la mano.

—Todo eso está muy bien —repuso—, pero hasta ahora no se ha conseguido nada. Yo, sin embargo, he realizado mis propios investigaciones y —señalando al joven moreno— he tenido la suerte de obtener una serie de datos que estoy seguro terminarán por proporcionarnos lo que deseamos.

Murmen miró al joven que estaba a su izquierda, pero no dijo nada. Hubo una pausa, bastante larga, que cortó el propio Clif con su voz potente.

—Este muchacho —dijo— es Harry Dolmen, un detective particular que he tenido a mi servicio desde hace muchísimo tiempo.

Murmen frunció el ceño.

No le agradaban nada los policías particulares y estuvo a punto de decir que no era necesario movilizar aquella clase de hombres cuando toda la policía de la ciudad estaba a la zaga del perseguido. Pero el temor a Clif era superior a sus propias ideas y a sus propios deseos.

—Está bien —dijo, con un suspiro.

—El señor Dolmen ha conseguido unos datos importantísimos. Y estoy seguro de que con ellos podrá detener a los culpables.

—¿Dice usted «los culpables»?

—Sí, he dicho eso. Porque comprenderá usted que ese hombre ha tenido que ser ayudado por uno o varios cómplices. Según Harry, no hay más que uno. Y ambos, en este momento, están en una casita, en un barrio extremo de la ciudad, esperando la ocasión de poder atravesar la barrera policíaca que usted ha establecido.

Edward sonrió. Por lo menos, Summer debía aceptar que la barrera de hombres que había colocado alrededor de la ciudad había surtido efecto.

—¿Conoce exactamente el lugar donde esos dos hombres se encuentran? —inquirió, mirando a Harry.

Éste asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, señor. Lo he descubierto, a decir verdad, de una manera casual. El señor Summer me ha hecho el honor de encargarme ese trabajo, pero yo siempre he dicho que pondría todos los resultados de mis investigaciones a la disposición de la policía. Ustedes deben ser, finalmente, los que capturen a esos dos criminales.

Murmen estaba encantado. Las declaraciones de aquel hombre suavizaban

un tanto la aspereza de las relaciones que hubieran podido establecerse entre ellos.

—Encantado —dijo—. ¿Quiere usted venir conmigo para disponer la captura?

—No, no creo que sea necesario. Voy a darles la dirección y ustedes obrarán libremente. ¿No le parece que es lo mejor, señor Summer?

Clif asintió.

El joven dio entonces la dirección completa al jefe de policía, y éste, momentos más tarde, se ponía en pie, estrechando las manos a los dos hombres antes de abandonar el lujoso despacho.

Una vez fuera, tuvo que decirse que, después de todo, había tenido suerte y que el honor de la captura sería para él, puesto que estaba seguro de que el detective particular no diría nada, como tampoco haría comentario alguno el señor Summer.

Apretó el acelerador, dirigiéndose a la Central de Policía, a la que llegaba momentos más tarde.

Dio la alarma a todo el mundo e hizo que los dos inspectores, Arson y Culmer, vinieran a su despacho.

Los inspectores se dieron cuenta del brillo inusitado que había en los ojos de su jefe. Después de una pausa, éste declaró:

—Ha llegado el momento de acabar con este enojoso asunto. Deseo que todos los hombres disponibles, incluso los que forman parte de las barreras de control en las salidas de la ciudad, se preparen para capturar a los culpables del robo del Banco de Uranio y a los asesinos del guardián.

Los otros asintieron con un mudo gesto de cabeza, abandonando el despacho.

* * *

La suerte favoreció a Alan Beer.

Nada más descender del autobús que le había llevado a Marsville y cuando cruzaba la calle con los puños apretados, vio el coche de Jimmy, reconociéndolo inmediatamente. Una sonrisa de triunfo se pintó en sus labios y, moviéndose con cuidado, se acercó al bar justamente en el momento en que la policía lo abandonaba. Se hizo a un lado, acercándose de nuevo para ver que Jimmy Arnold y un hombre al que no conocía, pero al que consideró inmediatamente como un cómplice, salían del local.

Todavía le quedaba un poco de dinero y aprovechó éste para tomar un taxi, a cuyo conductor ordenó que siguiese al coche de Arnold. No se preocupó más que de seguirle con la mirada, y cuando el vehículo se detuvo en un barrio extremo de la ciudad, ante una casita coquetona de dos pisos, completamente pintada de blanco, sonrió, sabiendo que había llegado a su objetivo. Pagó al chófer y descendió del vehículo, avanzando quedamente

junto a una hilera de árboles que bordeaban la calle y contribuían a aumentar las sombras que la noche había puesto en ella.

Los dos hombres entraron en la casa, cuya puerta cerraron luego cuidadosamente. Desde la verja del jardín Alan examinó el edificio, diciéndose que podía penetrar fácilmente en él ya que las cornisas que formaban las ventanas podían facilitar extremadamente la ascensión al piso superior, cuyas ventanas estaban entreabiertas.

Pero no tenía prisa.

Quería gozar un poco del placer de la venganza y dejar que aquellos dos granujas, que le habían engañado de forma tan miserable, se sintiesen a sus anchas para que, cuando menos lo esperasen, se encontraran cara a cara con el castigo que merecían.

Tuvo que hacerse a un lado rápidamente, escondiéndose en un macizo de arbustos que había a uno de los lados de la casa al oír que un coche se acercaba. El vehículo se detuvo a unos cincuenta metros de la casa y un hombre alto y delgado descendió de él, llevando en la mano un objeto que no pudo engañar ni por un solo instante a Alan.

Era una carabina.

Beer se preguntó qué venía a hacer aquel hombre allí. Por un momento pensó que se trataba de un policía, pero momentos después, al verle avanzar silenciosamente hacia la casa y desaparecer por un callejón que había antes de llegar a ésta, comprendió que ni podía tratarse de ningún agente de orden público y que debía de ser otro de los individuos de la banda.

Se maldijo por no llevar ningún arma de fuego con él, ya que sólo poseía un cuchillo. Pero estaba decidido a usarlo y lo haría, aprovechándose de la sorpresa y de la oscuridad, sin que ninguno de aquellos tres hombres, posiblemente todos armados, pudieran resistir al empuje terrible de su ansia de venganza.

CAPÍTULO IX



ADA más penetrar en la casa a la que le había llevado Jimmy Arnold, Tony comprendió que la suerte, al final de aquel caso tan terrible, había empezado a favorecerle y que tenía posibilidades, muchas, de poder enfrentarse por fin frente a frente con el jefe de la organización.

Jimmy Arnold había dejado de estar nervioso y parecía encontrarse perfectamente en su ambiente.

—¿Quieres tomar algo, Cumming? —inquirió con una sonrisa.

—No me desagradaría. Hace tiempo que no he probado bocado.

Arnold se dirigió a la cocina, y Tony, que se había sentado en uno de los sillones del saloncito, le oyó trajinar, moviendo cacharros y oyendo también abrirse y cerrarse la nevera varias veces.

La preocupación mayor de Cumming en aquellos instantes era su propio estado.

No se sentía nada bien, aunque no podía precisar tampoco qué clase de dolencia le afectaba.

Había estudiado mucho sobre los resultados de una acción potente de radiactividad sobre el organismo humano, pero lo hizo de un modo sistemático, sin prestar demasiada atención a los términos médicos que el doctor Pat Sullivan explicó en varias conferencias dadas en la Escuela de la SIP, en Washington.

De todos modos, no podía caberle duda alguna de que estaba afectado por los terribles rayos «gamma». Cuando consideraba su estado y las posibilidades de salvarse que hubiese tenido de haber acudido antes al médico, no podía dejar de maldecir en su interior que la misión se hubiese alargado de aquel modo. Pero, de todas maneras, lo importante para él era terminar aquel trabajo y demostrar que lo había llevado a feliz término.

Arnold apareció empujando un carrito de ruedas sobre el que había un gran número de platos y bandejas de golosinas y bocadillos apetitosos. Además, el carrito llevaba en la parte inferior un depósito de botellas para complacer al más exigente.

Arnold parecía de excelente humor y empujó el carrito hasta el lugar ocupado por Cumming, invitándole con un gesto a tomar lo que quisiera.

—Puedes saciar tu apetito, amigo —dijo—. Si no hay suficiente, iré a por más a la nevera.

Tony no pudo por menos de sonreír.

—Tengo hambre, pero no tanta —repuso.

No obstante, tenía apetito y lo demostró devorando unos cuantos bocadillos y numerosas pastas, regándolas generosamente con el vino que el otro había traído. Realmente, desde que la persecución había empezado la noche anterior, casi no había probado bocado y sólo bebió algo en los bares cuando andaba buscando a Arnold. El estómago le agradeció los alimentos y, cuando hubo terminado, encendió parsimoniosamente un cigarrillo, sintiéndose mucho mejor.

—¿Crees que deberás tardar mucho en llamar al jefe? —inquirió, siempre preocupado por la idea fija que rondaba en su mente.

—No —repuso Jimmy—. Esperaremos un poco más y luego telefonearé de nuevo para ver si ha vuelto. Ya te he dicho antes que es un hombre que tiene muchas ocupaciones y al que no se puede molestar así como así.

—Lo siento por él. Yo ya he padecido bastante y creo que ha llegado el momento de liquidar todo esto. Así, que tenga el dinero me largaré de aquí porque no me siento nada bien.

El otro le miró intensamente.

—¿Crees que te ha atacado la radiactividad?

—Sí, un poco. Pero no creo que sea nada grave.

No deseaba dar al otro una idea clara de sus dolencias; pero, en aquel momento, se estaba sintiendo mucho peor y las náuseas le subían a la boca haciéndole torcer el gesto.

Jimmy Arnold seguía mirándole.

Finalmente, Tony dijo:

—Lo que no comprendo es por qué no viniste a la cita. Todo tu interés en aquel momento debía ser apoderarte del maletín de plomo y llevárselo al jefe.

—Es cierto —repuso Arnold —, pero no pude llegar hasta allí.

—¿Por qué?

—Porque me encontré con los coches de la policía que se dirigían hacia aquel lugar. Alguien debió avisarles.

—Eso es precisamente lo que me extraña. ¿Quién sabría, además de nosotros dos, el lugar de la cita?

Jimmy se encogió de hombros.

—No sé. Me he estado rompiendo la cabeza pensándolo, pero no he llegado a ninguna conclusión. Precisamente deseo hablar de esto al jefe, porque es muy posible que él se haya confiado a alguien que, después, ha intentado traicionarnos. Pero no le arriendo la ganancia. Tú no conoces al jefe, pero yo sí. Es un hombre que no perdona jamás.

A Tony se le quemaban los labios de ansia por preguntar quién era aquel misterioso jefe. Pero no podía hacerlo. Además, su organismo parecía seriamente afectado y se estaba sintiendo verdaderamente mal. Finalmente, sin poder contenerse, se puso en pie, avanzando hacia el otro como un beodo.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Jimmy.

—Me siento mal. Creo que voy a devolver todo lo que he comido. ¿Dónde está el cuarto de baño?

—Yo te acompañaré.

Le cogió por un brazo, guiándolo a través de un pasillo hasta que estuvieron en el amplio, limpio y elegante cuarto de baño.

Arnold, cuando el otro hubo cerrado la puerta, volvió al saloncito.

Una sonrisa cínica flotaba en sus labios.

* * *

El hombre de la carabina había penetrado en el jardín de la casa y rodeado ésta para llegar después a la prolongación posterior del jardín, buscando allí un lugar donde esconderse y esperar un poco.

Si alguien hubiese sido capaz de leer en el cerebro de aquel hombre se hubiese sorprendido al ver que una sola idea, con carácter obsesivo, flotaba en su espíritu. No había nada más en su mente que el deseo ardiente de apoderarse, fuera como fuese, de la caja que contenía la sustancia radiactiva.

Incluso en aquellos momentos, escondido entre el follaje, hacía cálculos de todo el beneficio que aquel tesoro podía procurarle. El valor de la sustancia radiactiva robada en el Banco de Uranio era incalculable, ya que, vendida parcialmente a entidades particulares, que no se preocuparían mucho en investigar su origen, podía producirle cuantiosas sumas de dinero.

Sonrió.

La misión que le había llevado allí era muy distinta y la explicación de ella estaba en el arma que empuñaba. Pero, mientras llegaba a la casa en el coche, la idea afloró por vez primera, brotando después con una intensidad creciente, y ocupando por completo todas sus pensamientos.

No había sido nunca un hombre al que la fortuna favoreciese. Había malvivido siempre a la disposición de los demás, servilmente. Por eso, en aquellos momentos, su cerebro gozaba calculando los beneficios y las riquezas de las que podía ser dueño si trabajaba con habilidad y sabía huir a tiempo.

No temía al otro.

Conociéndole perfectamente bien, sabía que mientras viviese él, el otro, el personaje importante, no podría hacer nada y que cerraría los labios con un silencio que él podría aprovechar para poner una enorme distancia entre los dos y desaparecer virtualmente del campo de acción del otro.

Cuando juzgó que el tiempo de espera había pasado se puso en pie, acercándose a la casa y dirigiéndose hacia una pequeña puerta lateral que conocía perfectamente, así como el interior del edificio. Llevaba la carabina en la mano y, antes de atravesar aquella puerta, que abrió con una llave que llevaba en el bolsillo, verificó si el arma estaba cargada y la primera bala alojada en la recámara. Después, decidido, cerró la puerta tras sí, penetrando

en la oscuridad de la casa con la seguridad del que hubiese recorrido su interior muchísimas veces, siendo capaz de hacerlo con los ojos cerrados.

* * *

A medida que le iban comunicando los preparativos de las fuerzas policíacas que había movilizado, Edward Murmen se sentía inmensamente feliz. Por fin, después de muchísimos años de espera, se le había presentado aquella ocasión que había estado esperando durante tanto tiempo.

Una vez resuelto el caso, la prensa y los organismos oficiales se encargarían de cantar a bombo y platillo la acción del jefe de policía, que, de una manera evidente, pasaría a constituirse en una especie de héroe del planeta, permitiéndole así realizar su sueño dorado:

Volver a la Tierra.

Un ascenso, que considerarían singularmente merecido, le proporcionaría la palanca de salto para desaparecer de aquel planeta, al que odiaba desde siempre, instalándose después en una ciudad de la Tierra donde podría vivir en un puesto cómodo, alejado de todo lo que despreciaba en aquella ciudad.

Aunque al principio pensó lanzarse rápidamente hacia la dirección que le había proporcionado el detective particular de Summer meditó después que la cosa merecía una escenografía, una teatralidad que le favorecería indudablemente. Por eso, al volver a su despacho, procedió a la movilización general de manera a dar a los habitantes de Marsville un espectáculo que no olvidasen fácilmente.

Porque aquello, al mismo tiempo, iba a proporcionarle la fama que ansiaba para poder pedir, sin temor a que se lo negasen, el traslado inmediato a la Tierra.

* * *

Alan Beer juzgó que ya había esperado demasiado.

Saltando la pequeña verja del jardín, avanzó por entre los árboles, llegando hasta la fachada y calculando, antes de lanzarse, la posibilidad de ascender al piso de arriba.

Después, decidiéndose, ascendió con facilidad, demostrando que sus músculos respondían perfectamente a las exigencias que de ellos pedía. Momentos más tarde estaba en la cornisa superior. Al comprobar que se había equivocado y que las ventanas estaban cerradas, utilizó hábilmente el cuchillo, abriendo una de ellas y penetrando en el interior.

El silencio y la oscuridad reinaban allí.

Cerró cuidadosamente la ventana, sin dejar por eso de tener el cuchillo bien apretado en la mano, avanzando después a tientas para no tropezar con los muebles. Así consiguió llegar hasta la puerta de la amplia habitación en la que había penetrado, deteniéndose unos instantes allí antes de decidirse a abrir la puerta, cosa que hizo levantándola a pulso para que no gimiese al girar.

Desembocó en un pasillo y andando por él llegó hasta el final de una

escalera que descendía al piso inferior. La luz intensa del salón iluminaba parcialmente el último tramo y Alan pensó que debía de atravesar aquél a toda velocidad, decidido ya a atacar cuando lo hiciese.

Empezó a bajar les escalones uno a uno, marchando junto a la pared, pegado a ésta, de manera que la madera de la escalera no gimiese bajo sus pasos.

No se oía absolutamente nada.

Siguió descendiendo hasta que la prudencia le hizo detenerse, justo cuando una voz sonó en la parte de abajo, con una intensidad y violencia que, muy a pesar suyo, le hizo estremecerse.

—¡No te muevas, Jimmy! —gritó la voz.

Hubo un silencio mucho más expectante que el que reinaba antes en la casa.

Después, la voz de Jimmy, turbada por el miedo, barbotó:

—¡Vaya susto que me has dado, Harry!

El otro le miró cínicamente.

—No he venido a asustarte, Arnold. Mi visita tiene otro motivo más serio.

—¿Cuál?

—Sencillamente, he venido a matarte.

Como Jimmy no dijese nada, el otro, tras una corta pausa, inquirió:

—Y Tony, ¿dónde está?

—Está en el lavabo. Todo se ha hecho como ha dicho el jefe. Ese hombre no tardará mucho en morir.

—Ni tú tampoco.

La voz de Jimmy parecía ahora un lamento.

—¿Por qué he de morir? Yo no he hecho más que cumplir las órdenes que me han dado. Lo que creo es que tú eres un traidor... ¡Piensas llevarte el contenido del maletín!

—Lo has adivinado, amigo. Pero no podrás decir nada a nadie, porque dentro de unos instantes estarás muerto.

En la oscuridad de la escalera, Alan estaba sorprendido de la conversación que llegaba hasta él. Había pensado eliminar a Arnold fríamente, así como al otro compañero e incluso al hombre de la carabina, pero ahora, al oír las palabras de éste, pensó que era muchísimo mejor dejar que se matasen entre ellos, apoderándose después del maletín de que hablaban y, que debía contener una verdadera fortuna.

Pero ¿dónde se encontraba aquel maletín? Era completamente necesario que evitase que el hombre de la carabina matase al llamado Tony, ya que éste era el único que podía llevarle hasta la preciosa caja.

El disparo le sorprendió no obstante, estremeciéndole de pies a cabeza muy a pesar suyo.

La carabina debía llevar un dispositivo silencioso, pero, no obstante, el estampido fue lo suficientemente grande para que los cristales del saloncito

temblasen durante unos instantes.

Decidido ya a suprimir al hombre de la carabina, de manera a poder apoderarse después del otro, del llamado Tony, y del que habían dicho que estaba enfermo, cosa que facilitaría su manejo, Alan descendió los últimos tramos de escalera que le quedaban, lanzándose hacia el hombre de la carabina que, en aquellos instantes, estaba arrodillado junto al cuerpo inmóvil de Jimmy Arnold.

* * *

Nunca se había sentido tan enfermo. Después de haber echado fuera de su cuerpo cuantos alimentos había tomado, decidió pasar a la cocina y beberse el contenido de un par de botellas de leche de la nevera. Sabía, por las enseñanzas que le había dado el doctor Sullivan en la Escuela de la SIP, que la leche era uno de los antídotos más generalizados y más potentes.

No obstante, se sentía positivamente enfermo y el cuerpo le temblaba, cubierto de sudores fríos. Al mismo tiempo, el corazón había disminuido sus latidos y parecía dispuesto a detenerse de un momento a otro.

Estaba muy mal.

Cuando se hubo bebido el contenido de la segunda botella de leche se dejó caer en una de las sillas de la cocina, cogiéndose la cabeza entre las manos y diciéndose que ya le faltaba muy poco para terminar y que nunca conseguiría llevar a cabo la misión que le habían encomendado.

Una congoja extrema se apoderó de él.

Y fue en aquel instante preciso cuando llegó la detonación hasta la cocina, haciendo temblar los utensilios que había sobre las estanterías pegadas a la pared.

Se puso en pie.

El peligro hizo que se despabilase un poco y que volviera a tomar, parcialmente, el control de su desfallecido cuerpo. Haciendo un esfuerzo, buscó a su alrededor un arma con la que protegerse, puesto que imaginaba que aquel peligro que significaba la detonación iba a prolongarse hacia él. Finalmente, en uno de los cajones de la mesa de la cocina encontró un cuchillo de dimensiones colosales que apretó convulsivamente entre sus dedos.

Estaba dispuesto a defenderse contra todos, fuera como fuese.

Tampoco estaba dispuesto a esperar allí a que lo matasen como a un conejo y, decidiéndose, abandonó la cocina, avanzando por el pasillo que conducía al saloncito.

Fue entonces cuando la segunda detonación le obligó a pegarse a la pared. Un grito de agonía, de una intensidad alucinante, llegó hasta él.

Pasados los primeros segundos de duda, siguió avanzando, llegando a la altura de las cortinas que separaban el pasillo de la sala de estar. Éstas eran lo suficientemente espesas para que pudiera ocultarse tras ellas mientras escuchaba la agitada respiración de un hombre, seguramente el único

superviviente que debía de quedar en el salón.

Retiró un poco la cortina, de manera a poder echar una ojeada.

Había dos hombres en el suelo, envueltos ya en un inmenso charco de sangre. Y de pie, junto a ellos, con una expresión colérica en el rostro, un hombre que tenía una carabina en la mano.

Uno de los cuerpos que yacían en el suelo era el de Jimmy Arnold. El hombre que estaba a su lado, muerto, y el que estaba en pie, con el arma en la mano, le eran completamente desconocidos.

Lo curioso era que se sentía muchísimo mejor. Debía de haber sido el efecto de la leche injerida lo que le había mejorado tan rápidamente. No quería decir aquello que ya se sintiese perfectamente; pero, no obstante, los sudores y los temblores habían desaparecido casi por completo.

Tenía que actuar.

Sin dejar de mirar al hombre de la carabina, a través del pequeño orificio que había hecho en la cortina, vio que éste, después de echar una última mirada a los cuerpos, apretaba el arma entre sus manos y avanzaba cuidadosamente hacia el pasillo. Era indudable que aquel individuo iba a buscarle para acabar con él y apoderarse, luego del maletín. Pero, pensando que nadie más que él conocía el sitio en que había dejado la caja de plomo, pensó también que aquel hombre no le mataría, sino que intentaría dominarlo y hacerse obedecer.

Tampoco le interesaba a él matarlo, puesto que era el único eslabón que quedaba en la cadena truncada momentos antes por los disparos, para conducirle hasta el jefe. Por eso, cuando el hombre se acercaba a la cortina, Tony puso en práctica la idea que acababa de ocurrírsele y que juzgó la mejor de todas.

Se dejó caer, desplomándose ruidosamente ante el otro, que sorprendido, se echó el arma a la cara pero sin disparar.

Tony había simulado un desvanecimiento y el otro cayó fácilmente en la trampa puesto que las palabras de Jimmy Arnold le habían convencido de que aquel muchacho, el ladrón del Banco de Uranio, estaba gravemente enfermo.

No abandonó por eso su vigilancia y dio con el pie al cuerpo de Tony, yéndose después a la cocina y volviendo con un jarro de agua que echó en el rostro del joven agente de la SIP.

Cumming estaba dispuesto a seguir su comedia y abrió los ojos, mirando con simulado asombro al otro.

—¿Quién eres? —inquirió, con voz débil.

—Eso no importa ahora. Tú debes de ser el hombre que robó el Banco de Uranio, ¿verdad?

—Sí —dijo Tony.

—¿Dónde has dejado el cofre de plomo?

—¿Para qué lo quieres saber? —inquirió, a su vez, Tony.

El otro sonrió.

—Tengo un magnífico plan para nosotros dos —dijo, tras una corta pausa—. Yo sé que tú las has pasado bastante mal y yo tampoco puedo vanagloriarme de haber vivido en la abundancia. Hemos nacido para entendernos y podemos llegar a un acuerdo, partiéndonos los beneficios de la venta de lo que contiene esa caja. ¿Qué te parece?

Tony dijo:

—No está mal.

—Además —prosiguió diciendo el de la carabina—, tú estás enfermo y has de cuidarte. La única manera de conseguirlo es cogiendo la caja y escapando de aquí, vendiendo después su contenido y pudiendo pagar las facturas de los médicos que podrán ponerte bien en muy poco tiempo. Creo que mi idea es buena y si quieres colaborar conmigo estoy dispuesto a ayudarte en todo.

Era una clara manera de ganar tiempo y Tony lo comprendió así.

Por eso, tendiendo la mano al otro, dijo:

—Ayúdame a levantarme.

El otro lo hizo, sin dejar no obstante de apuntarle con la carabina, que utilizaba como un arma corta.

—Tenemos que darnos prisa —dijo el hombre—. La policía no va a tardar en presentarse y entonces estaremos irremisiblemente perdidos.

—¿Cómo sabes que la policía va a venir? —inquirió Tony.

—Muy sencillo —repuso el otro, con una sonrisa—. He sido yo quien los ha avisado.

Se mantuvieron en silencio unos instantes. Después, Cumming dijo:

—Estoy de acuerdo contigo. Salgamos de aquí. Partiremos los beneficios que obtengamos y nos iremos cuanto más lejos mejor de este maldito planeta.

Momentos después abandonaban la casa por la puerta posterior. Pero, en vez de dirigirse a la verja, el desconocido le guio por una serie de jardines combinados de las otras villas, saliendo a una avenida lejana, en el momento en que las sirenas de la policía se dejaban oír por doquier.

Habiendo dejado el coche en la otra calle, el hombre de la carabina y Tony se vieron obligados, después de recorrer un buen trecho, a tomar un taxi. Una vez en el interior del vehículo, el hombre se volvió hacia Cumming.

—Tú tienes que dar la dirección —dijo.

—Perfectamente —dio la dirección al conductor. Teniendo cuidado en dar unas señas cercanas a la fuente donde había escondido la caja.

Mientras el coche corría por la ciudad dormida, sin que dejasen de oírse por eso las sirenas de la policía, cada vez más lejanas, Tony iba pensando en que se jugaba la última baza y debía hacerlo con precisión y rapidez antes de que el otro pudiera resistirse.

Una vez hubieron abandonado el taxi, Cumming guio al otro hacia el jardín público, donde estaba la fuente tras la que había escondido el maletín. Al llegar allí, señaló la cascada, diciendo:

—Ahí está.

—¿Dónde?

Tony dijo:

—Detrás de esa pequeña cascada. Ya comprenderás que nadie podía descubrirlo.

El otro sonrió.

Luego, indicando el lugar, ordenó:

—Cógelo.

El tono de su voz era amenazador y también había levantado el cañón de su arma de una manera que no dejaba lugar a dudas.

Tony obedeció.

Dando la vuelta a la fuente, metió las manos detrás de la cascada, arrastrando penosamente el pesado maletín, dejándolo después en el suelo.

El otro se acercó, ansioso.

Era precisamente el momento que esperaba Tony.

Levantando la mano derecha, la dejó caer con todas sus fuerzas, golpeando con el canto, en un alarde de clásico judo, la nuca de su adversario, que se desplomó, quedando inmóvil en el suelo. Tony no perdió el tiempo. Lanzándose sobre el otro, le desarmó fácilmente y, sacando el cuchillo que había cogido de la cocina de la casa, puso la punta de éste en el cuello de su adversario.

El hombre abrió los ojos.

—Ha llegado el momento de que hables —dijo Tony, con decisión y voz dura—. Estoy completamente seguro de que tu responsabilidad en este caso es mínima y puedes aprovecharte de mi bondad, ya que estoy dispuesto a dejarte libre si contestas a mis preguntas.

Los ojos del otro expresaban asombro y miedo.

—Eres policía, ¿verdad? —inquirió.

Tony asintió con un gesto de cabeza.

Una triste sonrisa apareció en los labios del otro.

Dijo:

—Debía haberlo imaginado. ¿Qué quieres saber?

—Sólo el nombre del jefe.

Hubo unos instantes de silencio. Después, el hombre, con un suspiro, preguntó:

—¿Vas a dejarme, de verdad, libre?

—Te doy mi palabra.

El hombre dudó unos segundos, luego, decidido, declaró:

—El jefe es Clif H. Summer. El director del Banco de Uranio.

Un golpe en el mentón del hombre y éste perdió el conocimiento.

Sin perder tiempo, Tony arrastró la caja hacia la acera, llamando a un taxi y rogando a su conductor que le ayudase. Después le dio la dirección de la

Central de Policía de Marte.



Donald Callowan sonrió.

Tony y el doctor Sullivan acababan de penetrar en su despacho y el médico daba palmaditas en el hombro del joven.

—¿Cómo lo has encontrado, Pat? —inquirió el jefe de la SIP.

El médico sonrió.

—Perfectamente. Nunca he visto un muchacho tan sano como él.

—Siéntate, Tony —ordenó Donald.

El joven obedeció.

Callowan había encendido uno de sus magníficos habanos y el joven tuvo que esperar a que la habitación se llenase prácticamente de humo para que el jefe de la SIP rompiera el silencio que se había hecho después de sus últimas palabras.

—El caso está ya terminado —dijo Callowan—. Hemos arriesgado muchísimo, caminando a ciegas desde el principio. Afortunadamente las cosas han pasado de la manera más extraña que pudiera uno imaginarse. Todo lo que tú has padecido ha sido francamente inútil, pero nosotros no sabíamos la verdad.

«El director de los Bancos de Uranio de Marte, el granuja de Clif H. Summer, había pensado la manera de apoderarse del contenido de todo ellos, sin peligro alguno. Por eso empezó empleando una banda, engañando a sus miembros uno tras otro, dejando sólo a Jimmy Arnold a su lado, que le servía de cebo para seguir buscando hombres que robasen para ellos.

«Pero lo más fantástico de todo era que los ladrones no se llevaban absolutamente nada. Igual te ocurrió a ti. Convencido de las dificultades y peligros de tu misión, llegaron a convencerte de que habías caído enfermo y, para aumentar esa realidad, al ver que no podían eliminarte de ninguna manera, decidieron envenenarte en la casa donde te llevó Jimmy Arnold.

»Uno a uno, los ladrones que intervinieron a las órdenes de Arnold, que las recibía a su vez de Summer, fueron muriendo. Iban eliminándolos tranquilamente y diciendo a sus compañeros de banda que habían muerto por efecto de las radiaciones nocivas. Pero, en realidad, los ladrones sólo se llevaban cajas que no contenían más que restos de uranio sin ninguna radiactividad. La explicación de todo esto es que Summer, antes de que el robo se provocase, se cuidaba de llevarse personalmente la sustancia radiactiva que estaba vendiendo en el mercado negro a empresas particulares sin muchos escrúpulos.

»Tu caso alteró todos sus planes, ya que no pudieron eliminarte como ellos deseaban.

»Al matar al guardián del Banco de Uranio creyeron que podrían entregarte a la policía y que ésta terminaría por juzgarte y condenarte a

muerte. Era una manera muy graciosa de eliminarte, pero las cosas le salieron mal, puesto que tú al desfigurarte en la astronave, pudiste duplicar tu personalidad. Tanto la policía como ellos se hicieron un lío.

»Fue entonces cuando empezaron las dificultades de la banda. Necesitaban acabar contigo y hacer desaparecer las falsas materias radiactivas de manera que todo el mundo creyese que el robo había sido conseguido de la misma perfecta manera que los anteriores. Nosotros no podíamos colaborar con la policía de Marte, ya que el director del Banco de Uranio, con su potente personalidad y sus relaciones sociales, constituía un obstáculo para el trabajo de dicha policía. Por eso tuvimos que abandonarte al margen y fue una verdadera cadena de sufrimientos para ti.

Tony sonrió.

—Nunca había pasado tanto miedo como hasta ahora, señor —dijo—. Creí estar enfermo verdaderamente y estaba casi seguro de que iba a morir.

—Es natural —dijo Callowan—. También nosotros temimos por tu vida cuando leímos en los periódicos de Marte que la caja no poseía las condiciones necesarias para impedir que se filtrara la peligrosa radiación. Pasamos momentos de verdadera amargura. Pat puede decírtelo. Y ha sido para nosotros una alegría enorme el conocer finalmente la verdad.

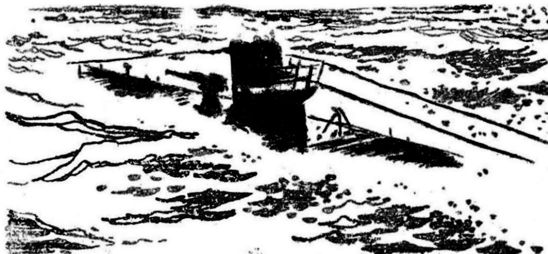
Callowan se levantó y, acercándose al muchacho, concluyó:

—Ahora, Tony, vamos a darte unas largas vacaciones que te ordenamos pases en Florida. Aquel clima es el mejor y sus playas magníficas para que tus nervios dejen de funcionar al máximo como lo han hecho hasta ahora. Todos los culpables y Clif H. Summer van a pagar cara la osadía y los crímenes que han cometido.

Momentos después, Cumming abandonaba la Central de la SIP, subiendo al automóvil que le esperaba.

Washington, poco después, quedaba atrás, Washington y toda la misión cumplida. Mientras conducía por las carreteras llenas de sol, el joven agente de la SIP se dijo que nunca pudo imaginar algo tan horrible como lo que había vivido en Marte y que, sin ambages, crudamente, había sido un voluntario para morir.





Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

El hombre que conocía el secreto de aquel misterioso cofre blindado había muerto, dejando en el interior de la caja el...

LEGADO DE UN "GANGSTER"

¡El «suspense» aumenta a cada página!

Precio en España: 7 ptas.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

[redacted]

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 11 pesos.